JOAQUÍN ABATI y FEDERICO REPARAZ

OS HIJOS ARTIFICIALES

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

ESCRITO SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA ALEMANA

NOVENA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.º de la procedencia

LOS HIJOS ARTIFICIALES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS HIJOS ARTIFICIALES

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

ESCRITO SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA ALEMANA

POR

JOAQUÍN ABATI y FEDERICO REPARAZ

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA el 24 de Diciembre de 1902

NOVENA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11 dup.°
Telefono número 551

1911

721543

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
RAFAELA	Sra. Rodríguez.
ÁNGELA	Srta. Bremón.
CATALINA	Sra. Caro.
MERCEDES	Domínguez.
EUGENIA	Srta. Sánchez.
VALENTINA	Santiago.
RAFAEL MOSQUERA	Sr. Rubio.
SABAS ORTÍZ	Mendiguchía.
FERNANDO PALMERÍN	Gonzálvez.
BALTASAR PALMERÍN	Mora.
MELECIO TORDESILLAS	Sepúlveda.
GREGORIO	Granda.

La acción en Astorga.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Una habitación en planta baja de una casa de recreo. En el centro del foro ancha puerta vidriera con una pequeña escalinata que da á un jardín, adornada de macetas y plantas varias. Forillo de jardín. Cuatro puertas laterales. Muebles lujosos. Sillas y butacas de mimbre propias de campo. En primer término izquierda una mesa cuadrada con tapete. En segundo término derecha un velador redondo como los de café, y sobre él varios ramos de flores, un ramillete de confitería y algunos objetos que simulen regalos. Sobre las sillas otros objetos. Una gran bandeja llena de dulces puesta sobre el velador. Otra bandeja llena de tarjetas. Los demás adornos de la habitación quedan encomendados al buen gusto del director de escena, con arreglo á los medios de que disponga.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, EUGENIA y VALENTINA arreglan los objetos que hay sobre el velador y sobre las sillas

VAL. ¡No podrán quejarse los señores! ¡Qué infinidad de regalos! ¡Y qué bonitos!... En estos días tan señalados es cuando mejor se ve cuántos amigos tiene una persona. El que regala, amigo. El que no regala, conocido.

EUG. (Sacando un reloj de una cajita.) Mira qué reloj tan mono. Vamos á ver quién lo manda. (Sacando una tarjeta de un sobre.) «Antonio Cenagoso, señora, tía, cuñado y primos carnales.» (Deja la tarjeta en el velador.) Mucha gente me parece para un reloj Habrán tocado á peseta. .

VAL. ¿Y esta petaca? (Tomando una que hay en el velador y sacando de ella una tarjeta.) «El registrador de la Propiedad de Astorga, les desea felicidades. De diez á una.»

EUG. ¿Quiere que sean felices de diez á una nada más?

VAL. (Riendo.) No, tonta. Serán las horas de oficina. Buen ramillete ha mandado Melecio, el sobrino de los señores.

EUG. Toma, ya pnede, como que tiene confitería.

VAL. Y además, está enamoradísimo de la señorita Angela. Ya, ya se conoce en lo fino del bizcocho. (Pellizca en el ramillete y lo prueba.)

EUG. ¿Pero cómo podrá imaginarse el infeliz que con esa figura le va á querer la señorita Angela?

VAL. ¡Cuidado que está rídículo!

EUG. Si le coge un carnicero le cuelga boca abajo en la puerta.

VAL. Lo que es yo, ni aunque me lo dieran envuelto en billetes de Banco...

ESCENA II

DICHAS y MELECIO por el foro. Se oye dentro ladrar á un perro y gritos de hombre que pide socorro

MEL. (Dentro.) ¡Eh... jardinero!... ¡Eh... chucho!... ¡Ay... ay!...

GREG. (Dentro.) ¡Aquí, Garibaldi, aquí!

EUG. } VAL. } ¿Qué es eso? (Se asoman á la puerta del foro.)

VAL. El señorito Melecio.

EUG. Le ha mordido Garibaldi.

VAL. ¡Y dónde ha ido á morderle!... No habrá cogido hueso... (Aparece Melecio en el foro, muy sofocado y accionando y hablando como disputando con alguien que está dentro. Este personaje es un joven como de veinticinco años, extraordinariamente grueso; muy colorado y completamente afeitado. La ropa le está estrecha por todas dartes, la americana algo corta, deja ver unas nalgas muy desarrolladas. Los pantalones algo cortos (sin exageración). Pantorrillas y muslos exuberantes.)

MEL. (Desde el foro, muy incomodado.) Sí, señor, me los ha hincado, me los ha hincado, sí, señor...

aquí... (Señalando una nalga, en la cual lleva un girón.) Cuando se tiene un perro tan grosero y tan desconsiderado, se le ata... ¿Sabe usted? y además se le da de comer para que no se le antoje la carne humana... ¿Sabe usted?

VAL. ¿Qué ha sido, señorito Melecio?

MEL. Ese animalito que la ha tomado conmigo, y como se trata de un bicho con el cual es inútil discutir...

EUG. Si ha venido usted por la huerta, se habrá usted echado encima del perro sin querer.

MEL. Quiá, el perro es el que se ha echado encima de mí queriendo.

VAL. Eso no es nada.

MEL. Con tal de que no esté rabioso...

EUG. Pero siéntese usted.

MEL. No, no; dime, ¿y la tía?

EUG. Aun no se ha levantado.

MEL. ¿Y el tío?

EUG. Tampoco.

MEL. (Tímidamente) ¿Y mi prima Angelita?

EUG Anda por el jardín, cortando flores para hacerle un ramo á su mamá.

MEL. Yo también le traía un testimonio débil de mi afecto. (Indicando un paquetito que trae en la mano.)

EUG. Si quiere usted esperar. .

MEL. No, no. Dime... ¿mi prima no te habla nunca de mí?

EUG. No señor, nunca. Es decir, el otro día en la feria se acordó de usted.

MEL. (Con ansiedad.) ¿Sí?... ¿Y cómo?... ¿Con qué motivo?

EUG. Al pasar delante de una barraca donde vendían botijos.

MEL. (Desalentado.) Ya... comprendo. . mi precoz desarrollo muscular quizá sea un obstáculo para interesar á Angelita. ¡Dios mío! ¡qué envidia tengo á los fideos!... Pero no importa. ¿Y las cualidades morales? ¿No significan nada las cualidades morales? ¿No puedo yo tener cualidades morales que compensen mi exceso de materias grasas? La belleza física... ¡Ah!... ¡Qué despreciable es la belleza física! Flor de un día. Castillo de naipes. Mariposa fugaz. Agua en cesto. Ju-

guete mecánico en manos de niño. Eso es y eso dura la belleza física. Pero el alma, la virtud, la honradez, la ternura, eso no es deleznable, eso no pasa, eso es eterno, eso lo tenemos también los gordos.

VAL. Muy bien, señorito.

EUG. Muy bien.

MEL. Además, si es necesario, yo trataré de modificar mi envoltura carnosa. Seguiré un régimen especial. Disminuiré mi alimentación. Comeré solamente cuatro ó cinco veces al día... Leeré obras filosóficas ó las sesiones de Cortes... En fin, me aligeraré considerablemente, quedaré libre de todo aquello que me sobre, y dentro de poco seré una especie de refundición del teatro antiguo.

EUG. ¿Y si mientras tanto se casa la señorita?

MEL. Entonces resultaré un juguete cómico.

VAL. ¿Pero de veras la quiere usted?

MEL. ¡Ah!... con deciros que por pensar en ella, estropeé anoche seis docenas de bartolillos... Mi profesión se resiente de este cariño... Todos los parroquianos se quejan con razón. La yema de coco, que era la especialidad de mi casa, ya no es ni sombra de lo que fué. Ayer se me ocurrió probar una y me asusté del coco.

VAL. ¿Como los niños pequeños?

MEL. Me asusté del coco que había puesto. Estaba rancio y sabía á bacalao. En los pasteles de hojaldre aparecen á lo mejor papeles con poesías... «A mi Angelita»... «A ella»... *Pensando en ti*... y pensando en ti no hago cosa á derechas, y con la amargura que rebosa mi alma no me sale un dulce medio decente. Vaya, voy á mudarme de pantalón y volveré más tarde á entregar esta débil muestra de afecto. ¿Habrán atado al perrito? (Asomándose al foro.)

VAL. (Idem.) Sí. Salga usted sin cuidado. (Vase Melecio por el foro derecha lanzando fuertes suspiros.)

EUG. Pobre muchacho... En medio de todo, me da lástima...

VAL. Y los padres de la señorita parece que están de su parte.

EUG. El dinero, hija, el dinero...

ESCENA III

EUGENIA, VALENTINA, ANGELA y GREGORIO, por el foro

ANG. (Entrando seguida de Gregorio, que trae un enorme ramo de flores.) Ea, ya tenemos el ramo terminado. Gregorio, colóquelo usted en esa habitación, (La segunda derecha.) para sorprender á mamá en el momento oportuno. (Gregorio entra, y sale de nuevo sin el ramo, volviendo á marcharse por el jardín. A Eugenia y Valentina.) ¿Qué os parece?

VAL. Magnífico.

ANG. Creo que le gustará.

EUG. Esté usted segura.

ANG. Mira, Valentina, ayuda al jardinero á cortar más flores para acabar el ramo de papá. (Vase Valentina por el foro. A Eugenia.) ¿Ha venido alguien?

EUG. Sí, señorita. Hace cosa de una hora estuvo don Sabas Ortiz. Traía unos regalitos, y me pareció que tenía un aire así... como atontado.

ANG. Siempre está con ese aire. Su mujer le ha embrutecido.

EUG. Pobre señor. Dijo que volvería. Hace un momento estuvo también su primo de usted, don Melecio...

ANG. ¿El gordinflón ese?

EUG. Me ha preguntado que si usted hablaba de él á menudo.

ANG. ¿Será majadero?

EUG. Eso mismo pensé yo, pero no me atreví á decírselo.

ANG. Pudiste hacerlo.

EUG. Ha dicho que volverá.

ANG. ¡Maldita la falta que hace!

EUG. ¡Qué suspiros daba!... si viera usted...

ANG. Bueno, que suspire deprisa. ¡Si he dicho cien veces que no le quiero, que no le quiero y que no le quiero! Como que quiero á otro mucho menos voluminoso y mucho más guapo.

EUG. ¿Sí?... Cuénteme usted, señorita. .

ANG. Es un secreto. No puedo decirte más.

EUG. ¿Y sus papás no saben? ..

ANG. Ni una palabra. Quieren casarme con Melecio, y yo no me caso con él aunque me lleve la Guardia civil. Me es muy antipático. En primer lugar, vaya un porvenir. ¡Confitera!... No es que la profesión no sea honrosa, pero yo no me puedo figurar á mi marido despachando un real de caramelos variados. Luego su figura... si hasta el nombre me disgusta... Melecio .. Tordesillas... En cambio, ¡qué diferencia! Palmerín, Fernando Palmerín, ¡eso sí que es sonoro y aristocrático y ornamental, y decorativo!

EUG. Sí, Fernando Palmerín es más bonito.

ANG. ¿Cómo?... ¿Quién te ha dicho su nombre?

EUG. Pues... usted, señorita... ahora mismo.

ANG. Se me escapó... bueno, pues cuidadito, ¿eh? que no sepa nadie...

EUG. Descuide usted. ¿Y dónde se han conocido?

ANG. En Madrid, cuando estuve con mi tía Luisa. En un baile.

EUG. ¿Será guapo?

ANG. Un cromo. Se parece todo al Cid.

EUG. ¿Sí? ¿Cómo era el Cid?

ANG. El Cid era precioso. No sé cómo describírtelo. Yo le he visto pintado en una caja de pasas, solo que, en lugar de la armadura, Fernando lleva makferland, y en lugar de ir á caballo, va en bicicleta. ¡Si vieras qué fino y que cariñoso!... Dos cosas me dijo aquella noche... nada más que dos... pero las llevo aquí grabadas y nunca podré olvidarlas. (Indicando el corazón.)

EUG. ¿A que me las figuro?

ANG. ¿A que no?

EUG. Vamos á verlo. La primera sería, «la adoro á usted», y la segunda, «¿cuándo nos casamos?»

ANG. Te has equivocado. Lo primero que me dijo mientras bailábamos, fué: «¿Ha visto usted cómo se ha metido el tiempo en agua?» y después, al llevarme á mi asiento: «Muchas gracias, señorita».

EUG ¿Nada más?

ANG. ¿Te parece poco? Repetidas por mí, estas

palabras parece que no tienen miga, pero dichas por él, con voz velada por la emoción, con acento apasionado, encerraban todo un poema. Luego he sabido que habló de mí á varias personas, se informó de quién era yo, cuál era la posición de mis padres, etc., etc.

EUG. ¿Y cree usted que?...

ANG. Que pedirá mi mano de un momento á otro. Una voz interior me lo dice. ¿Cuándo vendrá? No lo sé. Pero vendrá, estoy segura; vendrá á salvarme de los merengues y los empiñonados que se ciernen sobre mi cabeza; vendrá como Lohengrin, á poner á mis pies su espada, se batirá con Melecio si es necesario, le hundirá el cortante acero en el crecido abdomen, me redimirá y seré feliz... muy feliz.

EUG. Pero señorita...

ANG. Silencio. Que viene gente... ¡Ah!... es don Sabas.

ESCENA IV

DICHOS y SABAS, por el foro con dos paquetes envueltos en papel

SABAS Buenos días, Angelita.

ANG. Hola, don Sabas.

SABAS ¿Se han levantado ya tus padres?

ANG. Todavía no. ¿Deseaba usted algo?

SABAS En primer lugar, felicitarles por su doble fiesta onomástica. En segundo ídem, entregarles dos modestos obsequios que mi mujer y yo les ofrecemos en prueba de cariño invariable y sincero, y en tercero ídem, hablar con tu papá de un asuntillo... de un asuntillo... (Suspirando.) ¡Ah, si tú supieras!...

ANG. ¿Algún disgusto?

SABAS Sí, hija mía, sí. No he podido dormir en toda la noche... cosas de la vida... ¿sabes?... á veces los hombres... y las mujeres... á veces... y yo que no... que si... vamos... nada, nada.

EUG. (¡Cuando yo digo que está *viruta!*) (Vase foro.)

ESCENA V

DICHOS y RAFAEL, por la primera derecha. Es hombre de unos cincuenta á cincuenta y cinco años, de aspecto jovial, pelo escaso y cuidadosamente peinado

RAFAEL (Desde la puerta.) Temprano empiezan las visitas.

SABAS ¡Gracias á Dios, perezoso! ¡Vaya unas horas!

RAFAEL Cada cual celebra su santo á su manera. ¿Qué tal? (Estrechándole la mano.)

SABAS Vamos pasando. (Aparte.) Tengo que hablarte. Nos estorba Angelita...

ANG. Papaíto, un abrazo. (Se abrazan.) Que Dios derrame sobre tu cabeza todo género de felicidades.

SABAS Me asocio al derrame.

RAFAEL Gracias, gracias.

ANG. ¿Sabes que te encuentro muy guapo?... rejuvenecido... ¡Si parece que tienes treinta años!..

RAFAEL ¡Aduladora!... (La acaricia las mejillas. Sabas se ríe á hurtadillas. Rafael lo nota.) Oye, tú... no te rías... no tengo treinta años, pero me conservo muy bien... mira... (Abriendo la boca.) todos los dientes. De pelo, un cinco por ciento.

SABAS Amortizable en cincuenta años.

RAFAEL Y el corazón... recién nacido.

SABAS Sí, hombre, sí. Ahora escucha; mi mujer y yo hemos juzgado un deber significaros á ti y á la tuya lo mucho que os queremos, ofreciéndoos en este día de júbilo, reconcentrado, de honesta y expansiva alegría, dos humildes presentes que nos asocien, digámoslo así, á la manifestación general de simpatía de que sois objeto.

RAFAEL Oye, la verdad. ¿Ese párrafo se te ha ocurrido á ti solo?

SABAS Pues la verdad. Me ha ayudado mi mujer. Todo eso del júbilo reconcentrado es suyo. Toma. (Dándole un paquete.) Este es mi recuerdo... para ti... no sabía qué regalarte...

es tan difícil... y dije, pues algo que pueda serle útil...

RAFAEL (Desenvuelve un paquete y saca un clarinete.) ¿Qué es esto?

SABAS Un clarinete, hombre, ¿no lo ves?... y que suena, ¿eh?... que suena. (Sopla en la embocadura y lo hace sonar.) Es melodioso, ¿eh?

RAFAEL Sí... yo... te lo agradezco mucho, pero... la verdad, no tengo la menor noción de música...

SABAS Eso no importa. Un clarinete siempre adorna en una casa. Bueno, ahora el regalo de mi mujer para Rafaela. (Saca del papel una jaula con un canario. Acercándose á Rafael. Aparte.) (Tengo que hablarte con urgencia. Nos estorba Angelite.)

ANG. ¡Ay, qué bonito! ¿Canta mucho?

SABAS ¿Que si canta? De noche y de día. En casa ya no le podíamos aguantar. (Comprendiendo que ha dicho una torpeza.) (¡Uy! ¡si seré mendrugo!...)

RAFAEL Descuida, que aquí no pasará lo mismo. Le pondremos en el jardín. Os quedamos muy reconocidos. Estas muestras de afecto ensanchan el alma. Decididamente la felicidad se hospeda en esta casa. ¿Qué más puedo pedir? Amigos verdaderos, una hija amante y cariñosa. (Abrazando á Angela.) Una esposa querida y fiel. Un esposo querido y fiel, que soy yo...

SABAS Verdaderamente. Sois un matrimonio modelo.

ANG. Mira, papá. ¿Sabes tú lo que le pediré á mi marido cuando me case?

RAFAEL No.

ANG Pues le pediré que te tome á ti en todo por modelo.

RAFAEL (Algo alarmado.) Sí, ¿eh?

ANG. Le pediré que me quiera como tú quieres á mamá, y que me sea tan fiel como tú lo has sido siempre.

RAFAEL (Tosiendo.) ¡Ejem!... ¡ejem!...

ANG. ¿Qué dices?

RAFAEL No.. nada...

ANG. Oye, ¿es verdad que hay maridos que engañan á sus mujeres?

RAFAEL ¡Qué ha de haber!... Allá .. en la Edad Media, creo que alguno que otro pero en nuestros días, no se conoce semejante cosa.

SABAS (Que se ha estado paseando impaciente y haciendo señas á Rafael, no observa que éste muda de sitio, y creyendo dirigirse á él le dice á Angelita.) (Nos estorba Angelita. Tengo que...) (Notando su error.) (¡Atiza... se lo digo á ella!)

ANG. ¡Ah, ¿conque les estorbo á ustedes? Bueno, pues me voy con mamá.

SABAS Mujer, escucha.

ANG. No escucho nada. Ustedes tendrán que hablar, pero son tan delicados, que no me lo dicen. Ea. Hasta después. (Vase por la primera derecha llevándose el canario.)

ESCENA VI

RAFAEL y SABAS

SABS Pobrecilla, qué pronto ha comprendido que estaba de más aquí. Es muy listilla.

RAFAEL. Vaya, acaba de una vez. Ya estamos solos. Siéntate. (Se sientan.) Toma un purito. (Sacando uno de una caja)

SABAS (Sin tomarlo.) Gracias... por las mañanas no acostumbro á fumar. (Rafael va á dejar el puro en la caja, Sabas le detiene cogiéndole el brazo.) Pero por las tardes fumo muchísimo. Dame tres ó cuatro. (Rafael se los da sonriendo.)

RAFAEL Vamos, habla. ¿Qué te ocurre?

SABAS (En tono solemne.) Rafael. ¿Has visto alguna vez un hombre extraordinariamente apurado?... ¿No? Pues mírame. Tienes delante á un hombre extraordinariamente apurado.

RAFAEL ¿Por qué?

SABAS Vas á saberlo. Ya conoces á mi mujer.

RAFAEL Tengo el gusto.

SABAS Pero no sabes que es horriblemente celosa.

RAFAEL ¿Celosa de ti? No se concibe. Tu figura no es alarmante.

SABAS ¿Verdad que no? Bueno, pues si quieres saber dónde están siempre sirviendo las cria-

das más viejas, más feas y más repulsivas pásate por mi casa. Yo creo que mi señora ha encontrado por ahí algún saldo de feas.

RAFAEL La verdad es que la que tenéis ahora...

SABAS ¿Felisa?... ¿También tú te has fijado?

RAFAEL Es natural... uno es hombre al fin.

SABAS ¿Has visto mujer más impracticable y más nociva?

RAFAEL ¡Hórrida!

SABAS Pues como te decía, mi mujer, bien sea por celos, bien por avaricia, ó bien por ambas cosas, tiene en su poder todo el dinero conyugal, y no me da para mis gastos menudos... ¡y tan menudos! más que una cantidad relativamente reducida que apenas me alcanza.

RAFAEL ¿Cuánto?

SABAS Setenta y cinco céntimos cada semana.

RAFAEL (Riendo.) Pocos milagros se pueden hacer...

SABAS No.. te diré... en el invierno tengo bastante, y todavía ahorro... pero cuando llega la primavera... cuando el pájaro canta en la enramada, cuando el campo se cubre de verde alfombra, y la flor abre su capullo... mi naturaleza cambia, mi sangre hierve, siento una sed inagotable de placeres, siento renacer en mí las energías juveniles, y siento no disponer más que de tres reales á la semana para dilapidar.

RAFAEL Lo comprendo. Pero la primavera ya pasó.

SABAS Es que eso del pájaro en la enramada me dura hasta fines de otoño.

RAFAEL ¡Pobre Sabas!

SABAS Ayer necesitaba imprescindiblemente treinta reales. Uno de esos asuntos de honor que no admiten prórroga y que sólo se arreglan á fuerza de oro. Se los pedí á mi criada. No pudo prestarme más que cuatro pesetas. Desesperado y no sabiendo qué hacer, tuve un momento de locura, entré en el Casino Regional y maquinalmente puse las cuatro pesetas á un rey de copas.

RAFAEL ¡Hola, hola!...

SABAS Sí, Rafael. ¡Jugué... y perdí!... Ciego ya, borracho ante el sonido del dinero, seguí jugando bajo palabra, y, para no cansarte. .

¡Debo una cantidad fabulosa, fantástica, colosal!

RAFAEL ¡Demonio!

SABAS Y vengo á que me la prestes.

RAFAEL ¿A cuánto asciende?...

SABAS Me da vergüenza confesarte... me falta el valor...

RAFAEL Vamos, dime...

SABAS ¡Mira que es mucho!... (Desesperado.) ¡Dios mío!... ¡á mi edad!

RAFAEL ¿Quieres acabar? ¿Cuánto debes?

SABAS (Vacilante.) Treinta. . y... tres pesetas...

RAFAEL (Sonriendo.) ¿Nada más?

SABAS Y las cuatro de Felisa...

RAFAEL Hacen treinta y siete.

SABAS ¡Qué golpe! Estoy aplanado.

RAFAEL ¿Por esa pequeñez? (Saca dinero del bolsillo.)

SABAS ¿Una pequeñez? ¿Treinta y siete pesetas?

RAFAEL Tómalas. Ya me las devolverás cuando puedas.

SABAS (Estrechándole la mano.) Gracias, Rafael. Me salvas al mismo tiempo el honor y la vida. Si mi mujer llega á enterarse...

RAFAEL Eres un infeliz, amigo Sabas. Has educado mal á tu mujer. Hay que reconquistar los pantalones.

SABAS Ya es tarde.

RAFAEL Aprende de mí.

SABAS Tu mujer es muy diferente.

RAFAEL Te equivocas. Mi mujer es buena, afable, cariñosa, pero en cuanto al dinero tiene las mismas mañas que la tuya. Le da por la economía. En los primeros años de nuestra unión, apenas podía sacarla un céntimo. Hoy por el contrario dispongo de todo cuanto necesito.

SABAS ¿Y ese cambio á qué se debe?

RAFAEL A un ingenioso ardid que tuve que inventar para asegurar mi independencia.

SABAS Hombre, hombre... yo necesito conocer ese ardid. Supongo que me dirás en qué consiste.

RAFAEL No, no. Es un secreto...

SABAS Rafael, me ofendes. Por lo que más quieras... te ruego que me lo confíes... Piensa en mi situación... mira que cuando llega la prima-

vera, cuando el pájaro canta en la enramada... cuando el verde...

RAFAEL Bueno, te lo voy á decir... Pero no me hagas traición, ¿eh?

SABAS Antes le hago el amor á mi criada. Puedes estar tranquilo.

RAFAEL Bien, pues escucha. Yo soy natural de Madrid.

SABAS Lo sabía.

RAFAEL Allí nací, y allí he vivido hasta que me casé, y como Rafaela tenía aquí sus intereses, nos vimos obligados á fijar en este aburridísimo Astorga, nuestra residencia.

SABAS A mí no me parece tan aburrido. Si tuviera dinero... Con cuatro pesetas á la semana me reía yo de Nerón. ¡Qué bacanales!

RAFAEL ¡Inocente!... Porque no conoces Madrid. Aquellos bailes, aquellos teatros, aquellos cafés, aquellos paseos, aquellas mujeres... Chico, eso hay que haberlo visto, hay que haberlo vivido... yo no he podido nunca renunciar á los placeres de Madrid. A los pocos años de vegetar en este poblacho ya me entró la nostalgia. Necesitaba hacer de vez en cuando alguna escapadita á la corte... *item* más hacerla llevando en el bolsillo el dinero necesario para divertirme.

SABAS Se me hace la boca agua. ¿Y has conseguido?...

RAFAEL Naturalmente. ¿Para qué sirve el ingenio?

SABAS ¿Cómo te has arreglado?

RAFAEL ¿Cómo? Aprovechándome cínicamente de la indulgencia, la credulidad, la sensibilidad y la bondad nativa de mi mujer, á la cual hice creer que yo había cometido una falta en mi juventud y que de aquella falta había nacido... ¡un niño!

SABAS ¿Un hijo natural?

RAFAEL Más aún. Sobrenatural, puesto que semejante falta y semejante hijo, solo existen en mi imaginación y en la de mi mujer. ¿Qué te parece?

SABAS Atrevidísimo. Pero tu mujer al saberlo se pondría furiosa, te recriminaría.

RAFAEL Al principio, sí. Después se resignó, y conforme lo tenía yo previsto, acabó por rogar-

me que no abandonase al fruto de mis culpables amores, que velase porque nada le faltara, que fuera á visitarle á menudo...

SABAS Lo que tú buscabas, ¿eh?

RAFAEL Claro está. El resto es fácil de comprender. Cuanto más crecía el niño, más caro me costaba. Primero quince duros al mes, después treinta, hoy nos sale por más de cuarenta y cinco. Hay épocas en que nos cuesta un ojo de la cara, por ejemplo, cuando llegan los exámenes. Siempre le dan calabazas.

SABAS ¿Y las quintas? (Riéndose.)

RAFAEL (Idem.) Hace siete años le sortearon. Figúrate. Sacó el número uno, seis mil realitos.

SABAS (Idem.) ¿Qué edad tiene ahora el muchacho?

RAFAEL Veintiséis años, poco más ó menos. Cuando ya no me haga falta, me desharé de él definitivamente. Haré que le coja un tranvía, ó le casaré... eso es, le casaré, dándole una buena dote y ya no se hablará más de él.

SABAS ¿Cuánto piensas darle?

RAFAEL Psh... diez ó doce mil duros. Con eso y lo que llevo ahorrado, tengo ya bastante para el porvenir. No soy joven.

SABAS ¿De modo que gracias á ese hijo fingido?...

RAFAEL Puedo ir á Madrid de vez en cuando, divertirme á mis anchas, tener dinero...

SABAS Oye, ¿y Rafaela no ha tratado nunca de saber detalles, de tomar informes, de conocer al chico?

RAFAEL Nunca. Es tan delicada que después de perdonarme, ha evitado siempre recordarme ese enojoso asunto. Unicamente sabe estas tres cosas; Primera, que tengo en Madrid un hijo natural. Segunda, que el hijo necesita dinero periódicamente. Y tercera, la edad y nombre del muchacho.

SABAS ¿Un nombre cualquiera que habrás inventado?

RAFAEL Nada de eso. No soy tan incauto. El nombre que he dado á mi hijo es el de un ser real, de carne y hueso, que existe verdaderamente. Mi mujer será crédula y confiada, pero no tonta. Sin alguna prueba hábilmente presentada, hubiera llegado á sospechar. He tenido que enseñarla, de vez en cuando,

ciertos documentos, como matrículas, papeletas de exámenes, el pase del servicio militar, y otros, cuya falsificación era imposible. Hasta un retrato del chico, que por cierto encontró muy parecido á mí. ¡Ja, ja!... Para todo ello me ha servido divinamente un joven muy calavera que en Madrid era siempre mi compañero obligado de aventuras. Un tal Fernando Palmerín. ¡Buen pez!... El pobre muchacho no supo nunca para qué le pedía yo sus documentos, pero me los dejaba sin inconveniente ni desconfianza, y no se metía en más averiguaciones. Ya hace tiempo que no sé de él.

SABAS — Bueno, ¿y no temes que algún día pudieran encontrarse por el mundo Palmerín y tu mujer?

RAFAEL — ¡Qué tontería!... Esas casualidades sólo ocurren en las comedias. Además, también eso lo tengo previsto. Ni Palmerín ni nadie me conoce en Madrid bajo mi verdadero nombre. Nada de Rafael Mosquera. Allí soy Arístides Campomanes. Las cartas femeninas que alguna vez recibo aquí, vienen por conducto de un amigo íntimo que vive en León, y que me las reexpide con otro sobre.

SABAS — Chico, es arquitectónico... es genial. (Aparte.) Si yo me atreviera... Pero, ca.. no me atrevo.

RAFAEL — Para inventar un recurso así, no hay que tener nada de tonto.

SABAS — (Cándidamente.) A mí nunca se me hubiera ocurrido.

RAFAEL — Precisamente estos días espero carta de una artista ecuestre, Anita Coral, que me distingue mucho. ¡Si vieras qué mujer, qué cuerpo, qué ojos!...

SABAS — Me la figuro. *Bocato di Cardinali.* ¿Eh?

RAFAEL — *De Cardinali Arzobispi di* Toledo.

SABAS — ¡Cómo te envidio! (Viendo á Catalina que entra por el foro con un ramo en la mano.) ¡Uy... mi mujer! (Se levantan los dos.)

ESCENA VII

DICHOS y CATALINA

CAT. (Bruscamente.) Buenos días.

RAFAEL Felices, Catalina. ¿Cómo va esa salud?

CAT. Muy mal. (Viendo á Sabas.) Ah, ¿estás aquí?

SABAS Ya ves... (Tímidamente.) ¿Me buscabas?

CAT. Te buscaba, sí. ¿Le parece á usted bien lo que me acaba de decir Felisa?

SABAS (Aparte.) Me llama de usted... malo... Rapapolvo seguro.

CAT Que le ha pedido usted cuatro pesetas.

SABAS (Aparte.) Se lo ha dicho. ¡Qué idiota!

CAT. ¿Para qué necesita usted ese dinero? Para mantener mujeres... como si lo viera... ¿No tiene usted bastante conmigo?

SABAS Sí, Catalina, sí... de sobra...

CAT. ¿Entonces, por qué pide usted prestado?

SABAS (Balbuceando.) Por... es decir... por...

CAT. (Nerviosamente.) Acaba.

SABAS (Aparte.) Pero qué bruta de Felisa...

CAT. Responde.

RAFAEL Es muy sencillo, Catalina. Ayer jugamos Sabas y yo una partidita de tresillo. Nos animamos demasiado y Sabas perdió cuatro pesetas.

CAT. ¿No les da á ustedes vergüenza jugar cantidades tan crecidas?

RAFAEL Mírelas usted. (Sacando cuatro pesetas.) Todavía los tengo aquí.

SABAS (Tomándolas.) ¿Lo ves?

CAT. (Quitándoselas á Sabas.) Vengan. Se las devolveré á Felisa. (A Rafael.) ¿Y Rafaela?

RAFAEL Acabando de vestirse. La espero para el desayuno. (Aparte á Sabas.) Con estas cuatro sube á cuarenta y una.

SABAS (Idem.) Eso es. Cuarenta y una. Me planto, digo... Me arruino... Por supuesto, que á Felisa la estrangulo.

ESCENA VIII

DICHOS y MELECIO por el foro. Entra con un ramo de flores y un paquetito

MEL. (Desde el foro.) ¿Se puede?

RAFAEL Hola, Melecio. Adelante.

MEL. Mi querido tío. Quiera Dios que en el día de hoy, los hados propicios otorguen á usted todas las felicidades mundanas y de las otras, que apetecer pueda cualquier mortal.

RAFAEL (Aparte.) Todos se traen aprendido su parrafito correspondiente.

MEL. He tenido el honor de enviar á usted aquel ramillete. Pueden ustedes comerlo con confianza porque no es de los corrientes que solemos vender en la tienda.

RAFAEL Gracias, hombre.

MEL. A la tía la traigo también, además de ese ramo, una débil muestra de mi afecto. (Aparte.) Quisiera hablar con usted particularmente, tío.

RAFAEL ¿De tu prima Angelita?

MEL. Sí, señor.

RAFAEL (Riendo.) Levanta la voz, hombre. No andes con misterios. Los señores de Ortiz saben perfectamente lo que es el amor.

CAT. (Con ternura.) El más dulce de los sentimientos.

SABAS (Aparte á Catalina.) Calla, que me pongo colorado.

MEL. Yo quisiera que usted me dijera cuándo podríamos contraer matrimonio ó cosa análoga.

RAFAEL ¿Cómo cosa análoga?

MEL. ¡Jesús! No sé lo que me digo...

RAFAEL Qué impaciente eres...

CAT. (A Sabas.) Como tú en otro tiempo.

SABAS (Aparte.) Si las cosas se hicieran dos veces...

RAFAEL Mira, hijo. Lo mismo tu tía que yo, veríamos con gusto vuestra unión, pero todavía sois muy jóvenes y además conviene dar á Angelita el tiempo necesario para irse acostumbrando á la idea de... para establecer

cierta tolerancia... vamos, para resignarse á ser tu mujer.

MEL. Mucho, no parece que me quiere.

RAFAEL Eso vendrá con el trato.

CAT. Las mujeres acabamos siempre por amar á quien nos ama.

SABAS (Aparte.) ¡Y si no que lo digan mis tres reales semanales!

RAFAEL Puedes hablar con tu tía. Ella conocerá mejor que yo las ideas de Angelita sobre el particular.

ESCENA IX

DICHOS; ANGELA por la primera derecha. Después RAFAELA por el mismo sitio. Después VALENTINA, EUGENIA y GREGORIO por el foro

ANG. Ya viene mamá. Voy á buscar mi regalito. (A Catalina.) Doña Catalina, muy buenos días.

CAT. Muy buenos, Angelita. (Vase Angelita por la segunda derecha, volviendo á salir con el ramo que entró Gregorio.)

MEL. (Aparte.) Y á mí ni una mirada. ni una frase.

GREG. (Entrando por el foro con un gran ramo y seguido de Eugenia y Valentina, que traen dos ramos pequeños.) Señorita Angela. ¿No está la señorita?

CAT. ¡Hermoso ramo!

ANG. (Que sale por segunda derecha con el otro, que oye las palabras de Catalina.) Mandado hacer por mí para ofrecérselo á papá. Gregorio, entrégueselo. (Gregorio se lo entrega á Rafael.)

RAFAEL (Enternecido.) ¡Pobre hijita!

ANG. Es el único regalo que puedo hacerte. ¡Como no dispongo de dinero!...

SABAS (Acercándose á Angelita.) ¡Ah!... ¿No dispones? ¡Chócala... compañera de indigencia! (Estrechando su mano.) La común miseria, estrecha nuestra amistad. (Angela se ríe.)

ANG. (Mirando por la primera derecha y volviéndose á los demás circunstantes.) Ya sale. Un viva.

GREG. ¡Viva San Rafael!

TODOS ¡Vivaaa!

(Rafaela aparece en la puerta y se queda parada en el dintel, haciendo un gesto de sorpresa.)

GREG. ¡Viva Santa Rafaela!

TODOS ¡Vivaaa!

GREG. ¡Viva! (A las criadas.) Anda, se me ha *olvidao* el otro viva que traía *pensao.*

RAF. (Avanzando.) ¿Pero qué es esto? ¡Qué manifestación!... Yo no merezco... (Saludando á todos.) Mi querida Catalina... el simpático Sabas... el buen Melecio... Valentina, Eugenia, Gregorio... ¡Qué amables todos, qué amables!

ANG. (Entregando el ramo á Rafaela.) ¡Mi regalo!

RAF. (Abrazándola.) ¡Hija de mi alma!

CAT. (Entregando á Rafaela el ramo.) Un suplemento al canario.

RAF. No sé cómo agradecer...

MEL. (Entregando su ramo.) Débil muestra del acendrado afecto que le poofesa su seguro servidor, que sus pies besa, Melecio Tordesillas.

RAF. Gracias, sobrinito.

SABAS (Aparte.) (¡Sobrinazo!)

VAL. (Entregando su ramo.) Felicidades, señora.

EUG. Lo mismo digo.

RAF. Esto es demasiado. Ustedes me confunden. Tanta felicidad es superior á mis fuerzas. (Emocionándose hasta sollozar al final del párrafo.) ¡Dios, en su infinita bondad, nos permite saborear este día venturoso, en posesión de nuestro mutuo cariño y rodeados de nuestra única y querida hija. (Llora.)

ANG. (Enternecida.) ¡Por Dios, mamá! (Solloza también.)

RAF. ¡Un abrazo! (Deja caer distraída todos los ramos y abraza fuertemente á Angela. Las criadas recogen los ramos, que colocan sobre el velador y las sillas.)

RAFAEL (También enternecido.) ¡Caramba .. sois capaces de enternecer á una mesa de noche! No lloréis en un día como éste. Vamos á ver los regalos... Todos los amigos se han acordado... mira... mira...

MEL. Un momento, tíos. Hagan ustedes el favor. (Saca del paquete un abanico, lo abre y lee.) «A mi tía, en el día de su santo.»

RAFAEL Un abanico con versos.

RAF. ¡Ay... con lo que á mí me gustan! (Todos rodean á Melecio.)

ANG. (Aparte.) (Alguna majadería...)

MEL. (Leyendo.)
«Ni la yema más dulce, ni el mostachón más [suave,
ni el merengue más tierno, ni el más rico [acitrón,
ni el vaporoso hojaldre, ni el buñuelo de [viento,
ni la aromosa piña, ni el jugoso melón,
ni el anís variado, ni la fina grajea,
ni las garrapiñadas almendras de Alcalá,
ni el bizcocho borracho guadalajaradense,
el único legítimo que en mi tienda se da,
ni de ángel el cabello, ni el turrón de Jijona,
ni los huevos hilados, ni aun el marrón *glasé*,
valen, tía, un pimiento si á usted se la com- [paran,
Melecio Tordesillas se lo asegura á usté.»
(Cierra el abanico y se lo entrega.)

TODOS (Menos Ángela.) ¡Bravo, bravo! (Aplauden.)

RAF. Preciosos. Muy bonitos. Te lo agradezco mucho.

ANG. (Aparte.) (Ya lo decía yo... una majadería.)

SABAS Hombre, se ha dejado usted lo que más me gusta á mí. Los suspiros de monja.

MEL. No cabían.

CAT. (Dándole á Sabas un pellizco.) ¿Los suspiros de monja, eh? ¿No te basta el suspiro de tu esposa?

SABAS Sí, mujer... sí. (Aparte.) El suspiro del moro.

GREG. Ya me acuerdo, ya me acuerdo. (Gritando.) ¡Vivan los amos amables y chirigoteros y!...

VAL. ¡Calla, estúpido!...

EUG. Anda al jardin. (Las dos le empujan hacia el foro. Gregorio y Valentina se van hacia el foro.)

CAT. Vaya, dejamos á ustedes.

RAF. ¿Tan pronto?

ANG. No tengan ustedes prisa.

RAF. Les invitamos á desayunarse con nosotros.

CAT. Gracias. Ya lo hemos hecho, y además no he advertido á Felisa que iba á salir.

RAF. Por lo menos no olviden ustedes que esta noche cenamos aquí en familia. Supongo que no faltarán.

CAT. Convenido.

RAF. Si quieres venir luego á jugar una partida de billar...

SABAS Sí que vendré, así que deje á Catalina. (Fijándose en Eugenia. Aparte.) ¡Qué chica tan mona! ¡Ay... si yo tuviera una criadita así, y no el orangután de casa!...

CAT Vamos, Sabas. Dame el brazo.

SABAS Voy, voy. (Le da el brazo.)

CAT. Hasta luego.

RAFAEL Adiós. (Vanse por el foro Catalina y Sabas, acompañados un momento por Rafael y Ángela, que vuelven luego á escena.)

RAF. (A Eugenia.) Sirva usted el café. (Vase Eugenia por la segunda izquierda.)

MEL. (A Rafaela.) Tía, quisiera saber si Angelita me ama ó no me ama.

RAF. Pues pregúntaselo.

MEL. Es que no me atrevo.

RAF. Parece mentira que un hombre tan ancho sea tan corto. Mira. Vete á pasear por el jardín. Yo mandaré á Angelita á cortar flores, y así puedes hablarla sin testigos.

CAT. Gracias, tía; allá voy. (Vase por el foro. Al cruzarse con Angela y Rafael, que vuelven á escena, lanza un ruidoso suspiro.)

ANG. (Aparte.) Sopla como un cachalote.

ESCENA X

RAFAEL, RAFAELA, ÁNGELA y EUGENIA; después VALENTINA por el foro

EUG. (Saliendo por la segunda izquierda con una bandeja que contiene servicio completo de café con leche y algunos bollos ó panecillos.) Aquí está el desayuno. (Lo coloca sobre la mesa.)

RAF. (Sentándose.) Vamos, Angelita. (Eugenia sirve el café.)

ANG. Voy, mamá.

RAFAEL ¡Eh... un momentito! Ahora me toca á mí. (Sacando del bolsillo un estuche y abriéndolo.) ¿Para quién es esto? ¿Para quién he comprado yo esto? ¿Quién va á llevar en el cuello esto? (Con voz melosa y como si hablara con un niño.)

RAF. (Tomándolo.) ¿Un medallón con nuestros dos retratos? ¡Qué idea tan delicada! Gracias, Rafael, ¡qué bueno eres!...

ANG. (Levantándose y mirando por encima del hombro de su madre.) ¡Ay, qué bonito! (Rafael se sienta y moja pan en el café.) ¿Y esos sois vosotros?

RAFAEL (Con la boca llena.) Hace dieciséis años.

ANG. ¡Pero qué guapa eras, mamá!

RAFAEL Eras... eras... Tu madre es hoy todavía (Sorbiendo en la taza.) guapa.

ANG. Claro está... ¿Pues y tú?... ¡Qué bigote tan feo!... ¡Y cuánto pelo!... ¿Era todo tuyo?

RAFAEL ¡Indiscreta!

RAF. No te burles de tu padre. Ha sido un hombre muy guapo... (Mirándole.) hace dieciséis años.

RAFAEL Mujer, podías suprimir lo de hace dieciséis años. ¿Pero tú no tomas café?

(Angela se sienta y toma café.)

RAF. La alegría me quita el apetito.

RAFAEL (Sirviéndose más café.) A mí viceversa.

RAF. Una emoción más y lloro.

RAFAEL ¡Caramba con las lágrimas! (Bebe café.) Mírame á mí. Una taza más y estallo.

VAL. (Por el foro con varias cartas y periódicos.) El correo.

RAFAEL Venga. (Recoge el correo y va distribuyéndolo. A Rafaela, dándole varias cartas.) Para ti. (A Angelita, ídem íd.) Toma, dos cartas y *La Moda Elegante*. Ahí está *El Imparcial*... y éstas para mí. (Abriendo dos cartas sucesivamente.) Felicitaciones... (Pasando á su mujer las cartas después de leerlas.) Mira, de Carrasquilla... de Orejeda... (Leyendo la tercera.) De... de... (Aparte, inquieto.) ¡Demonio!... De Anita Coral... en qué ocasión...

(Angela lee coa indiferencia una de las cartas.)

RAF. ¿De quién es esa?

RAFAEL (Aparte.) ¡Qué compromiso! (Alto.) Esta no tiene importancia... Es insignificante... (Se escapa de la carta, y cae al suelo, un retrato de mujer. Aparte.) ¡Atiza!

RAF. Se te ha caído un retrato.

RAFAEL (Recogiéndolo.) Ah... sí... gracias... un retrato insignificante. (Mirándolo. Aparte.) El suyo.

RAF. ¿Pero quién te escribe?

RAFAEL Santoval, un amigo insignificante... el amigo en cuya casa me hospedo cuando voy á Madrid.

(Angela se levanta y va hacia el foro siempre leyendo.)

RAF. (Quitándole la carta de las manos.) Déjame ver...

RAFAEL (Queriendo recobrarla.) Si no te va á interesar...

RAF. ¿Por qué no?

RAFAEL (Aparte.) ¡Quisiera estar en la Martinica!

RAF. (Leyendo.) «Querido peloncito. Es inútil que vengas á Madrid este mes. Yo me marcho á provincias contratada para una *tournée* de cinco ó seis semanas... No dejes de mandarme la cantidad convenida. Siempre tuya. Coral.» (Rafaela mira fijamente á Rafael.)

RAFAEL (Aturdido.) Ya lo ves... insignificante... (Se limpia el sudor de la frente con el pañuelo.)

RAF. (Leyendo,) «Post-data. Adjunto va el retrato que me has pedido.» (Mirando el retrato.) Una mujer con traje de punto... ¡Pero qué poco punto!...

RAFAEL Algún punto veraniego... Traje de... baños de mar.

RAF. (Levantándose y con acento severo.) ¿Por qué me has dicho que era de Santoval? ¿Quién es esta mujer?

RAFAEL Rafaela... se trata de... un secreto de familia.

RAF. Sabes por experiencia que este género de secretos se me pueden confiar.

RAFAEL (Aparte.) ¡Maldito retrato!

RAF. Habla.

RAFAEL (Aparte.) Sí, habla, habla... ¿qué digo yo?... Ah... eso es... se la adjudicó... no veo otra salida...

RAF ¿Qué secreto es ese?

RAFAEL Un secreto que yo no debía violar, pero tú sospecharías... ¡vaya si sospecharías! ..

RAF. ¿De ti?... eso no.

RAFAEL Sí, sí. Prefiero confesártelo. Sabas, ¿sabes? nuestro amigo Sabas... el Sabas ese que estaba aquí hace un momento...

RAF. Sí, hombre; Sabas Ortiz.

RAFAEL Bueno, pues Sabas cometió, hallá en su juventud, el mismo pecado que yo.

RAF. (Asombrada.) ¿Un hijo natural?

RAFAEL No, una hija á quien no pudo dar educación por falta de fondos, y que fué recogida por una familia de saltimbanquis. Catalina no sabe nada, pero Sabas se cartea con su hija, por conducto mío, la manda de cuándo en cuándo algún dinerillo... muy poco... seis

reales... ocho reales... y no pudiendo tener junto á sí á la muchacha, el pobre quiere al menos poseer su retrato.

RAF. En eso hace bien· ¿Pero quién podía figurarse que también Sabas?... Me dejas atónita.

RAFAEL Los jóvenes son tan atolondrados... es decir, somos... es decir, fuimos...

RAF Dispénsame que haya insistido...

RAFAEL No, no, si has hecho bien. Podías sospechar... (Sigue hablando en voz baja.)

ANG. (En el foro leyendo la segunda carta. Aparte.) No me engañaba mi corazón. (Leyendo.) «Señorita, acabo de llegar á Astorga. La adoro á usted... Pronto sabrá usted de mí, Fernando Palmerín...» (Radiante) Está en Astorga... Ya sabía yo que me quería... (Guarda la carta y vuelve al proscenio.)

ESCENA XI

DICHOS y MELECIO, por el foro

MEL. (Tímidamente.) Tía... vuelvo, porque van á soltar á Garibaldi... y me tiene tirria...

RAF. (Sonriendo.) ¡Ay!... si se me había olvidado... Angelita, Melecio quiere hablar contigo.

ANG. Para pedirme relaciones, ¿verdad? Vaya, pues se acabó. Te digo que no, que no y que no. Así, clarito.

RAF. (Asombrada.) ¡Angela!... (Rafael y Rafaela se levantan.)

ANG. Que mi corazón pertenece á otro. A un joven que conocí en Madrid, en un baile, y á quien adoro con frenesí.

RAF. ¡Se ha vuelto loca!

RAFAEL ¡Completamente!

MEL. (Aparte.) Y dice el tío que el amor viene con el trato...

ANG. Tú eres un buen muchacho, y si adelgazaras estarías hasta tolerable, pero no puedes ser buen marido porque eres demasiado inocente, no conoces la vida, no has hecho locuras, calaveradas... barbaridades...

RAFAEL (Furioso.) ¡Ah!... ¿y el otro joven?

ANG. Es un hombre verdadero, un hombre corrido, elegante, guapo... con unos ojos, y una boca, y una nariz...

MEL. Todo eso lo tengo yo, prima.

RAFAEL ¿Y cómo no nos has dicho hasta ahora?...

ANG. Porque no estaba segura de si me quería, pero ahora lo estoy... y si queréis saber su nombre...

RAFAEL (Incomodándose.) Te prohibo que lo pronuncies delante de mí.

ANG. (Insubordinándose.) Es una tiranía.

RAF. (Con dulzura.) Obedece á tu padre.

RAFAEL ¡Pues hombre!... está bueno... un hombre corrido, un calavera. Te casarás con Melecio ó serás monja.

RAF. (Interviniendo.) ¡Rafael, por Dios!

ANG. (Con firmeza.) Pues seré monja.

RAF. (Idem.) ¡Angela, por Dios!

ANG. Prefiero el claustro á la confitería.

MEL. Las monjas también hacen dulces y natillas.

ANG. (Sollozando.) Déjame en paz.

RAFAEL Silencio.

ANG. (Llorando.) Seré monja, seré monja, seré monja. (Vase llorando por la segunda derecha.)

MEL. (Llorando.) Tío... tía... ¡Perdida para siempre!

RAF. No te apures, tonto. Ya obedecerá.

RAFAEL La impondremos nuestra voluntad soberana.

RAF. Vuelve á la tarde, y quizá te demos algún alegrón.

MEL. Bien. Volveré. (Suspirando.) ¡Ah!... (Vase por el foro.)

ESCENA XII

RAFAEL y RAFAELA. Luego SABAS por el foro

RAFAEL (Muy excitado.) Esto es inaudito.

RAF. No te sofoques.

RAFAEL ¡Vaya si se casará!... ¡Pues floja herencia le espera al sobrinito! Y que los dulces producen.

RAF. Cólicos... los últimos que mandó... Y digo yo... si la chica no le quiere...

RAFAEL Eso no tiene que ver. ¿Somos los padres ó no lo somos?

RAF. Cálmate, hombre. Angelita es buena, nos quiere mucho, tiene una inteligencia clarísima. Yo la hablaré, y si, como es probable, eso de Madrid no es más que un capricho, propio de los pocos años, reconocerá su error y nos dejará el cuidado de asegurar su felicidad.

RAFAEL Así sea.

RAF. (Suspirando.) ¡Ay, si yo pudiera asegurar también la de!...

RAFAEL ¿La de quién?

RAF. Rafael... Aquí falta una persona, que no participa de nuestra felicidad... Una persona que no es responsable de la culpa de aquéllos que le dieron el ser.

RAFAEL (Inquieto. Aparte.) ¡Adiós!

RAF. ¡Qué dichosa sería yo si quisieras satisfacer el deseo más ferviente de mi vida... tener otro hijo... pero el cielo no me lo ha concedido!...

RAFAEL Sí, nos lo ha negado... el cielo es así.

RAF. Eso no. Si tú quisieras...

RAFAEL (Atónito.) ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

RAF. Que en realidad tenemos un niño. Tu hijo.

RAFAEL No hablemos hoy de eso. No me recuerdes... no me amargues...

RAF. Sí, por cierto. Precisamente quiero que hablemos hoy. Cuando me confesaste la existencia de ese pobre ser, me propuse no añadir á tu confusión la vergüenza de tener que contestar á mis preguntas indiscretas. Esa parte de tu vida ha sido para mí un capítulo inédito.

RAFAEL Que no debes leer. Yo te agradezco esa delicadeza.

RAF. Pero por tu conducta ejemplar...

RAFAEL (Haciendo un gesto de asombro.) ¿Ejemplar?

RAF. Sí. Por tu conducta modelo, has adquirido toda mi confianza, y creo que ya es hora de que yo sepa detalladamente todo lo ocurrido. No me negarás en el día de hoy la satisfacción de un deseo tan sencillo. No me la puedes negar, esposo mío.

RAFAEL (Aparte.) Desconfiemos. (Alto.) Bueno... ¿qué

quieres saber? (Rafaela indica á Rafael que se siente. Ambos lo hacen.)

RAF. ¿Qué ha sido de la madre?

RAFAEL ¿Qué madre?

RAF. ¡La madre de tu hijo!

RAFAEL Ah, sí... (Aparte.) Efectivamente, ese niño, como todos los niños, necesita tener una madre... no había yo caído ..

RAF. Vamos... domina tu emoción... ¿la madre?

RAFAEL En el otro mundo. (Aparte.) Así acabo antes.

RAF. (Enternecida.) ¿Murió?

RAFAEL Completamente. No quedó ni tanto así. (Señalando con el dedo.)

RAF. ¿Era bonita?

RAFAEL Un prodigio. Con cada ojo... y unas caderas ..

RAF. ¿Por qué no te casaste con ella?

RAFAEL Porque te conocí á ti... y se acabó.

RAF. Así sois los hombres. ¿De quién era hija?

RAFAEL De un fabricante.

RAF. ¿De qué?

RAFAEL De pipas y botones de nácar.

RAF. ¿Cómo la conociste?

RAFAEL Pues... como se conoce á una joven... hija de un fabricante. Yo estaba allí... ella también estaba allí... y así... llegamos á conocernos...

RAF. ¿El apellido del hijo será el de la madre?

RAFAEL Naturalmente... como comprenderás... no le iba á dar...

RAF. Mal te has portado con esa infeliz, pero, en fin, siquiera has velado por tu hijo, y yo, lejos de mirar con malos ojos esa afección, he acabado por compartirla.

RAFAEL (Aparte.) ¡Qué malo se pone esto! .. ¡Qué malo!...

RAF. Te confieso que una niña me hubiera gustado más.

RAFAEL (Cándidamente.) Pues mira, si lo llego á saber lo arreglo á tu gusto.

RAF. No te burles, que esto es muy serio. A juzgar por la alegría que manifestabas siempre que subías al tren para ir á Madrid, he calculado el sufrimiento que debías experimentar por no tener cerca de ti á tu hijo, y hoy, día de nuestro santo, te pido que lo celebremos concediendo un sitio en esta

casa, un lugar en esta familia á esa desgraciada criatura.

RAFAEL (Aparte.) ¡Cataplúm! (Alto.) ¡Rafaela... eso es imposible!...

RAF. ¿Por qué?

RAFAEL Porque el muchacho es un calavera, un perdido... No se puede hacer carrera de él.

RAF. Es muy natural. Abandonado á sí mismo no podía ocurrir otra cosa. La vida de familia, los buenos ejemplos que tú le darás, cambiarán pronto su carácter.

RAFAEL ¿Qué diría Angelita viendo de pronto á un joven desconocido, que ni siquiera lleva mi apellido, instalarse en casa?

RAF. La haremos creer que es un huérfano, un niño perdido que tú has educado... Nada, es cosa hecha. Vas á escribir en seguida á Fernando.

RAFAEL ¡Estás loca!

RAF. Rafael. No podría estimarte en lo porvenir si continuases viviendo á mi lado con esa grave falta sobre tu conciencia. ¿Escribes ó no?

RAFAEL (Aparte.) Bueno. Con romper luego la carta... (Alto.) Escribiré.

RAF. Gracias. Te reconozco. Vamos á tu despacho.

RAFAEL (Aparte.) Rompo la carta... pero, ¿y después? ¡Qué berengenal!

RAF. Anda.

RAFAEL Sí, sí. Vamos al berengenal.

RAF. ¿Al berengenal?

RAFAEL Digo al despacho.

SABAS (Por el foro.) Aquí estoy. Te doy treinta para cincuenta y la salida.

RAF. Amigo Sabas, á propósito. Ahí lo tiene usted. Encima de la mesa. (Riéndose.)

SABAS (Sin comprender.) ¿Encima de la mesa? Ah, gracias, ¿el café?... Ya he tomado.

RAF. No, no es el café. El retrato.

RAFAEL Eso es, el retrato. (Aparte á Sabas.) ¡Psh!... disimula... ya te explicaré...

SABAS ¿Pero qué retrato?

RAF. Hombre, el que usted esperaba con tanta impaciencia. El retrato de su hija.

SABAS (Aparte. Tomando el retrato.) Una titiritera... ¿mi hija?

RAF. Con permiso. Vamos á escribir una carta. Volvemos en seguida.

RAFAEL ¡Pobre Sabas! ¡Qué cara pone!

RAF. Espérenos aquí, ¿eh? Vamos, Rafael. (Vanse por la primera derecha.)

SABAS (Asombrado en el centro de la escena mirando el retrato.) ¿El retrato de mi hija? ¡Pero, caracoles! ¿Dónde y cuándo la habré tenido yo? (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Sobre la mesa no está ya el servicio de café Los ramos y demás regalos también han desaparecido. Al levantarse el telón, Rafaela está sentada á la derecha, Rafael á la izquierda; ambos en actitud dolorida, como de personas que han sufrido una desgracia.

ESCENA PRIMERA

RAFAEL, RAFAELA; después EUGENIA por la segunda izquierda

RAF. ¡Dios mío! ¿quién podía figurarse?...

RAFAEL ¡Calla, calla! Yo estoy desfallecido, insensible, así... como si fuera de corcho...

RAF. ¡Qué golpe tan inesperado!

RAFAEL Como casi todos los golpes... no los espera uno y... ¡pum!... ya los tiene encima.

RAF. ¡Es horroroso!

RAFAEL ¡Monstruoso!

RAF. ¿Y dices que ha sido de repente?

RAFAEL Instantáneo.... una apoplegía fulminante... y ¡zás!... yo lo veía ya venir... tenía el cogote muy grueso.

RAF. Haga usted proyectos para este resultado.

RAFAEL Si no somos nada. *Rara avis*... digo, *pulvis eris*.

RAF. En fin, tendremos que dominarnos.

RAFAEL Es preciso. Hay que sobreponerse...

RAF. No ha sido culpa nuestra.

RAFAEL Claro que no.

RAF. Y como no tiene remedio...

RAFAEL No tiene.

EUG. (Saliendo por segunda izquierda con ramos de flores.) ¿Dónde quiere la señora que ponga las flores?

RAF. ¿Flores? En esta casa no puede haber hoy más flores que siemprevivas ó crisantemos.

RAFAEL Y algún ciprés.

RAF. Tire usted todo eso á la calle.

EUG. (Hace un gesto de asombro.) ¿Qué pasará? (Vase por el foro.)

RAF. (Se levanta, se acerca á Rafael, le pone la mano en la frente y le pulsa.) Rafael, estás muy destemplado.

RAFAEL (Rechazándola.) Déjame, déjame. No se me puede tocar hoy.

RAF. ¿Por qué?

RAFAEL Por eso... porque estoy destemplado.

RAF. Voy á servirte otra taza de tila. ¿Quieres?

RAFAEL No te molestes.

RAF. Sí, sí... Eso te entonará.

RAFAEL Bueno. (Aparte.) Destemplado... entonará... parece que estamos arreglando una guitarra.

RAF. Ahora vuelvo. (Vase por segunda derecha.)

RAFAEL (Levantándose.) ¡Ay.. gracias á Dios! ¡Con este golpe final he salido para siempre de todos mis líos! ¡Qué á gusto se queda uno! (Bailando y castañeteando los dedos.) Tararí, tararí, tararé... titi, to, to... (Con música de la Jota aragonesa.)

RAF. (Saliendo de nuevo y viéndole.) ¿Qué es eso? ¿Estás bailando?

RAFAEL. Sí... la... Danza Macabra.. (Tararea la Danza Macabra, bailando al mismo tiempo.) Esto es nervioso .. fenómenos nerviosos que produce el exceso de pena comprimida,

RAF. La tila te calmará. Mejor es que la tomes en el comedor.

RAFAEL Como quieras. (Aparte.) Me va á hacer daño tanta tila. Ya van cuatro tazas. (Vase por segunda derecha. Al salir Rafael tararea de nuevo la Danza Macabra simulando un ataque de nervios.)

ESCENA II

ANGELA por la segunda izquierda, Luego CATALINA por el foro

ANG. (Con la carta del primer acto en la mano.) «La adoro á usted...» Esto no puede estar más claro... «Estoy en Astorga.. » También es muy claro... «Pronto sabrá usted de mí.» Esto ya no está claro. ¿Cómo?... ¿cuándo?... ¿se atreverá á venir?

CAT. (Por el foro. Entra muy sofocada y jadeante.) ¡Ay!... (Tomando aliento.) ¡Ay, qué disgusto!... (Cae sentada en una silla.) ¡Hola, Angelita!... ¿no está aquí mi marido?

ANG. No, señora.

CAT. En la oficina tampoco está... (Rabiosa.) se me ha escapado... ¡Ay, de él si le vuelvo á echar la vista encima!

ANG. ¿Pero qué le pasa á usted?

CAT. ¡El viejo verde, el hipócrita, el trapacero! ¡Tantas veces como me ha jurado que yo era su primero y único amor! ¡Ananías!.., ¡Judas!... Ocultarme durante diez y siete años los amores criminales que había tenido con una joven... y las consecuencias... ¡qué consecuencias!

ANG. ¿Es posible?... ¿Don Sabas?

CAT. ¡Sí, hija, ese pillo!.. ¡y ser él mismo quien me ha comunicado!... Por supuesto, yo siempre tuve mis sospechas. Había un no sé qué en sus costumbres... el dinero no le duraba apenas... y la culpa es mía... nada más que mía... por haberle concedido demasiada libertad... por haberle dado más dinero del necesario. Pero lo que es en adelante... La Inquisición se va á quedar tamañita... Vaya, me voy al Círculo á ver si está. Le daré un escándalo monumental... No creas, que ya se ha llevado en casa su merecido, pero no estoy satisfecha. Quiero sacarle los ojos... Adiós.

ANG. (Acompañándola.) Vamos, Catalina, tenga usted calma... reflexione que...

CAT. No puedo reflexionar... no puedo... me siento feroz... carnívora.

ANG. Se va usted á comprometer... (Vanse las dos discutiendo por el toro.)

ESCENA III

RAFAEL. Luego SABAS

RAFAEL (Por la segunda derecha) ¿Quién habrá inventado la tila? Yo creo que me va á hacer daño. Pero no hay más remedio que fingir excitación... tengo la obligación de estar nervioso unos cuantos días... Al fin y al cabo la pérdida de un hijo siempre es la pérdida de un hijo... (Sabas entra por el foro con aspecto abatido. Lleva el sombrero abollado, la corbata desecha, el chaleco sin la mayor parte de los botones. Se sienta sin decir una palabra.) ¡Sabas!. ¿qué es eso? ¿De dónde sales?

SABAS Del jardín. Estaba escondido detrás de una maceta. Cuando venía á tu casa ví entrar á mi mujer, ahora la he visto salir con tu hija.

RAFAEL Estás hecho una lástima. ¿Qué te ha ocurrido?

SABAS Me ha ocurrido que he puesto en ensayo tu ingenioso ardid. ¡Mecachis! ¡Si no llega á ser ingenioso!... ¡siéndolo, por poco me matan!....

RAFAEL ¿Cómo? ¿Tú has?...

SABAS He confesado á mi mujer que antes de casarme habia cometido una falta, y que á consecuencia de esa falta, tenía una hija natural en las islas Canarias.

RAFAEL ¡Vil imitador! ¿Y cómo te has atrevido?...

SABAS ¿Cómo? ¿Pues no has sido tú mismo quien me dió los medios... quien me incitó?...

RAFAEL ¿Yo? ¿Que yo te incité?..

SABAS Naturalmente. Cuando me dísteis el retrato de la titiritera, diciéndome que era el retrato de mi hija, al principio no comprendí... pero después supuse que tú, compadecido de mi situación, querías que yo me aprovechara también del recurso maravilloso, y que para lo que intentase me dabas ese re-

trato, preparándome ya el terreno delante de tu mujer. Tuve un acceso de hercismo, llegué á mi casa y...

RAFAEL ¿Y se lo dijiste á Catalina?

SABAS No; lo que es cara á cara, ni aun con un acceso de heroismo, nunca me hubiera atrevido. Me come. La escribí una carta que coloqué unida al retrato en su cesta de labor, y esperé los acontecimientos. Yo dije: En cuanto lo sepa, le dará un ataque de nervios.

RAFAEL ¿Y le dió?

SABAS Le dió por pegarme. El ataque lo sufrí yo. Aquello fué horrible. Se arrojó á mi cuello, me arrancó los botones del chaleco, me abolló el sombrero... y lo que había debajo, en fin, ya me ves. Vengo á pedirte protección, puesto que tú tienes la culpa. Ahora ya estamos iguales. Tú, padre de un hijo; yo de una hija. Si quieres, podemos casarlos á los dos.

RAFAEL Te equivocas. Mi hijo ha subido al cielo.

SABAS (Estupefacto.) ¿Qué me cuentas?

RAFAEL Le he matado. Le he asesinado.

SABAS Pero, ¿por qué?

RAFAEL Porque mi mujer se empeñó en que viniera á vivir con nosotros. La situación se agravaba... y no teniendo otra salida, dije á Rafaela que al ir á echar al correo la carta que llamándole escribí al muchacho, encontré un telegrama urgente dándome la triste noticia de su fallecimiento á consecuencia de una congestión cerebral.

SABAS Eres maquiavélico. ¿Y ahora se acabaron los viajes á Madrid?

RAFAEL ¡Quiá, inventaré otra cosa!

SABAS Me causas una verdadera admiración.

RAFAEL (Con modestia.) Soy muy inteligente, lo confieso. Me salgo de lo vulgar. Me salgo del montón. (Viendo á Rafaela que entra por la segunda derecha.) ¡Chist!... ¡Rafaela! (Sabas se arregla un poco el traje y la corbata.)

ESCENA IV

DICHOS y RAFAELA. Después ÁNGELA, por el foro

RAF. ¿Te tomarías otra tacita?

RAFAEL No, no.

RAF. (Viendo á Sabas.) ¡Ah!... Sabas... ¿Le ha contado á usted Rafael la desgracia tan horrible?

SABAS Sí... es desagradable... ¡caramba!... un hijo tan crecido...

RAF. Y tan guapo... tenía un bigotito... y una naricita... ya verá usted el retrato. (Llorando y abrazando á Rafael.) ¡Ay, pobre Rafael!

RAFAEL (Abrazando á Rafaela.) ¡Pobre Rafaela!

RAF. ¡Cuando iba á venir en nuestra compañía!...

SABAS El hombre propone y Rafael dispone... digo, Dios... Dios dispone.

RAF. Cuando iba á sentarse á nuestra mesa... á compartir nuestro techo... ¡Ay, Sabas!... ¡Quiera Dios que nunca le ocurra á usted lo mismo con su hija!...

SABAS Por ahora sigue bien... gracias.

ANG. (Por el foro.) ¿Qué es esto?... ¿Mamá llorando?

RAF. Si tú supieras, Angela... si supieras...

ANG. ¿Ocurre alguna desgracia?

RAF. Terrible... acabamos de saber que el hijo de...

RAFAEL (Tapándole la boca. Aparte á Rafaela.) ¿Qué vas á hacer, imprudente? Angela debe ignorar...

RAF. (Idem.) Tienes razón.

ANG. (Con insistencia.) ¿El hijo de quien?...

RAFAEL De Sabas. (Aparte.) Este lo pagará.

ANG. ¿De Sabas?

RAFAEL Sí. Sabas tiene un hijo.

SABAS (Aparte.) (¡Qué embustero!)

ANG. (Con malicia.) Ya ya lo sabía.

SABAS (Aparte.) ¡Pues sabe más que yo!

RAFAEL (Asombrado.) ¿Qu tú sabías? ..

ANG. Me lo ha dicho Catalina, que ha estado aquí.

RAFAEL ¡Ah!...

RAF. (Aparte á Rafael.) ¿Ya se ha enterado?

RAFAEL (Aparte á Rafaela.) Se conoce

ANG. Pero ella dice que es una hija.

RAFAEL Una hija y un hijo... tiene dos.

SABAS (Aparte.) ¡Atiza!... Soy el padre universal.

RAFAEL Pues el hijo que ayer estaba sano y bueno, acaba de morir de una apoplegía. (Aparte á Sabas.) ¡Llora, hombre, llora, haz el favor! ¡no seas zoquete!

SABAS (Atontado.) ¡Ah!... ¿también tengo que llorar?

ANG. ¡Pobrecillo! Lo siento mucho.

RAFAEL (Aparte.) Si no lloras, te pido las cuarenta y una pesetas.

SABAS (Aparte.) ¡Bueno! ¡Lo que hace un hombre por ocho duros! (Finge llorar.)

RAFAEL (A Angela.) ¿Lo ves?. . Mira qué acongojado... ¡pobre Sabas!... y como Rafaela y yo somos tan sensibles .. todo nos afecta... (Se limpia los ojos con el pañuelo. Aparte á Sabas.) Di algo triste, alcornoque...

SABAS (Llorando.) ¡Ay!... ¡qué tristeza!

RAFAEL Anda, vamos á jugar unas carambolas.

SABAS (Olvidándose de su papel.) Vamos... te doy treinta para cincuenta y la salida.

ANG. ¿Pero va á jugar después de una desgracia tan terrible?

RAFAEL Para aturdirse... eso le distraerá... ¡Desdichado padre!... Anda, Sabas, anda. Valor. (Aparte.) Ahora te explicaré.

SABAS (A Rafael.) Es el último hijo que te aguanto, ¿eh? Que conste. (Vanse por la primera izquierda.)

ESCENA V

RAFAELA y ANGELA. Después EUGENIA

ANG. ¡Lástima de chico! ¿Y era mayor?

RAF Veintiséis años.

ANG. ¿Catalina no sabrá nada?

RAF No. Ni se te ocurra decírselo. (Aparte.) ¡Es forzoso mentir! (Alto.) No llevaba su apellido.

ANG. ¿Cómo se llamaba?

RAFAEL Pues... (Aparte.) No le ha conocido y puedo... (Alto.) Se llamaba Fernando Palmerín. (Angela lanza un fuerte grito y cae desmayada en brazos de su madre.)

RAF Hija mía... hija de mi alma... ¿qué te pasa?

¡ay!... quizá el disgusto de esta mañana ó el corsé demasiado apretado... (Llamando.) ¡Eugenia! ¡Eugenia! (Entra Eugenia por la segunda derecha.)

EUG. Señora... (Viendo á Angela.) ¡Ay!... ¿qué tiene la señorita?

REF. Un vahído... Trae agua, vinagre, éter... El éter le tengo yo guardado.. Ayúdame. (La sientan en una silla.) Aguarda... (Vase por la primera derecha.)

ESCENA VI

ANGELA y EUGENIA

EUG. (Abanicando á Angela con el delantal.) Señorita... señorita Angela... (Pausa.) ya se le va pasando... soy yo, señorita... Eugenia...

ANG. (Volviendo en sí.) ¿Quién?... ¡Ah!... Eugenia... sí... es espantoso.

EUG. (Con curiosidad.) ¿Espantoso?... ¿Qué?

ANG. (Sollozando.) ¿No lo sabes? Fernando... mi novio... el que se parecía al Cid...

EUG. Sí, ya sé... El de la caja de pasas.

ANG. No le veré más, Eugenia. Ya no pertenece al mundo de los vivos. Me lo ha dicho mamá.

EUG. (Asombrada.) ¿Ha muerto?

ANG. De repente... una congestión... aquí mismo... en Astorga.

EUG. Vamos... ¡qué mala suerte! Ir á congestionarse tan fuera de cacho...

ANG. No le sobreviviré. Nos enterrarán juntos.

ESCENA VII

DICHOS, FERNANDO por el foro. Luego RAFAELA

FERN. (A Valentina que le sigue.) Bien... Esperaré... Anuncia á don Fernando Palmerín. (Rafaela, que sale con un frasquito en la mano, al oir el nombre, lanza un grito y huye por la primera derecha, arrojando á Fernando el frasco. Angela lanza otro grito y huye por segunda izquierda. Eugenia, también gritando, huye por segunda derecha y Valentina por el foro.)

ESCENA VIII

FERNANDO, después RAFAEL

FERN. El recibimiento no puede ser más chocante. Tres mujeres que echan á correr. . una que me tira un frasco. (Recogiéndolo.) Un frasco de éter...

RAFAEL (Por la primera izquierda con un taco en la mano.) ¿Qué gritos serán esos?... (Aparte.) ¡Virgen Santísima! ¡Fernando Palmerín!

FERN. (Aparte.) ¡Calla!... Don Arístidis Campomanes...

RAFAEL (Aparte.) ¡Y yo que acabo de comunicar á mi mujer su fallecimiento! ¡Dios mío si le ve!...

FERN. (Saludando.) Señor don Arístidis...

RAFAEL Pero, hombre.. ¿vive usted?... ¿tiene usted el descaro de estar vivo?

FERN. Así parece.

RAFAEL ¡Cuánto lo siento!

FERN. Muchas gracias.

RAFAEL No... quería decir... vamos, que me hace usted muy mal tercio con no haberse maerto, me pone usted en un verdadero apuro, y su presencia en esta casa...

FERN. ¿Le desagrada á usted?

RAFAEL Mucho. Muchísimo.

FERN. No acierto á explicarme...

RAFAEL Es largo de contar, y en estos momentos... ya le explicaré en otra ocasión... fuera de aquí... ahora le ruego que me diga el motivo de su venida... sea usted breve. (Tomando una silla que está próxima á Fernando.) Hágame usted el favor...

FERN. (Creyendo que le invita á sentarse.) Gracias. (Va á sentarse.)

RAFAEL (Retirando la silla.) De no tomar asiento. Vamos, pronto. ¿Qué desea usted?

FERN. No sé con qué derecho me apremia usted de ese modo. Yo deseo hablar con don Rafael Mosquera y su señora, dueños de esta casa, y á usted no le creo pariente, pero, en fin, su presencia aquí me autoriza á pensar

que quizás sea amigo íntimo y lo celebro, porque así podrá ayudarme en mi pretensión.

RAFAEL Venga la pretensión... ¡vivito! ¡vivito!

FERN. Cansado de mis locuras, en las que usted ha tomado parte tan activa y principal..

RAFAEL (Mirando á todos lados.) ¡Pst!... baje la voz.

FERN. He resuelto casarme con una preciosa joven que conocí en Madrid en un baile.

RAFAEL (Intranquilo.) ¿En un baile? (Aparte.) ¡Canastos!

FERN. Sí. La señorita doña Angela Mosquera.

RAFAEL (Dejando caer el taco al suelo y cayendo sentado en una silla. Aparte.) Mi hija. Era de este tarambana de quien se enamoró en el baile.

FERN. ¿Qué le sorprende?

RAFAEL No... nada.

FERN. ¿Puedo contar con usted?

RAFAEL (Mirando al cielo. Aparte.) Señor... un rasgo de ingenio... una mentira bien traída.

FERN. ¿Me ayudará?

RAFAEL (Dándose una palmada en la frente como hombre que ha encontrado una idea. Aparte.) ¡Ya está. (Alto á Fernando.) No, señor. De ninguna manera.

FERN. (Con extrañeza.) ¿No?

RAFAEL Voy á decirle por qué. Angela es una muchacha muy bonita, muy elegante... muy bien educada...

FERN. (Con entusiasmo.) Celestial, encantadora.

RAFAEL Su mamá es la mujer más simpática que usted se puede imaginar.

FERN. Me alegro, tendré buena suegra.

RAFAEL Pero, desgraciadamente, el padre...

FERN. (Con inquietud.) ¿Ah, el padre no?

RAFAEL Mire usted, Fernando. Al padre de Angela nadie le conoce más á fondo que yo... es un calavera incorregible, un aventurero, aficionado á las faldas.

FERN Vamos, como usted

RAFAEL Más que yo. Se ha gastado con las mujeres toda su fortuna.

FERN. Siendo suya...

RAFAEL Y la de su mujer y la de su hija. Lo que es la dote no cuente usted con ella.

FERN. Me es igual. No me guía el interés.

RAFAEL (Aparte, con rabia.) No muerde.. Apretaremos.

(Alto.) ¡Ay, amigo Fernando!... Lo peor no es lo que le llevo dicho.

FERN. ¿Hay más?

RAFAEL Ha sufrido una condena por lesiones. Le mordió en una oreja al Gobernador civil.

FERN. (Tranquilizándose.) Ah, pues si no es más que eso no me sorprende. Tendrá el genio vivo... temperamento bilioso... y la bilis ..

RAFAEL (Aparte.) La bilis, es la que yo estoy tragando... este tío me desespera.. ahora verás... (Alto.) Sí, tiene usted razón... pero todavía falta algo más grave.

FERN. ¡Caracoles!... ¿Más grave?

RAFAEL Angelita...

FERN. (Alarmado.) ¿Qué?

RAFAEL Tiene un novio constructor de dulces.

FERN. ¿Constructor de dulces?

RAFAEL Sí, hombre; lo que llamamos, vulgarmente, confitero. Está loca por él, lo que se dice acaramelada, y hace pocos días...

FERN. (Cogiéndole por un brazo y zarandeándole.) ¿Qué pasó hace pocos días? ¡Vamos!

RAFAEL Intentó fugarse con su novio... nada más que un intento... líbreme Dios de ofender á Angelita, no... es buena, es honrada... pero ante la oposición de sus padres... en un momento de desesperación.. los cogieron en seguida, á los diez minutos... en la puerta del jardín.. la reputación de la muchacha no ha sufrido en modo alguno, pero se enteró todo el pueblo... y si ahora usted... sabiendo que quiere al otro...

FERN. (Abatido.) No se esfuerce usted en persuadirme; demasiado comprendo.

RAFAEL Yo he cumplido mi deber de amigo confesándole la verdad. A mí me parece que la boda con el confitero es casi inevitable. Otro cualquiera se expondría...

FERN. Basta, Campomanes. No quiero saber más. Esa revelación me hace muy desgraciado, porque mi cariño era sincero: pero como hombre de honor que soy, renuncio á ella, abandono esta casa para no volver jamás y hoy mismo regresaré á Madrid.

RAFAEL (Aparte, respirando con satisfacción.) ¡Ay! ¡Ya era hora! ¡Trabajillo ha costado! (Alto.) Sí, sí.

(Sacando el reloj.) Tiene usted un tren á las cuatro. Es el mejor. Los otros son peligrosos, descarrilan, llegan tarde...

FERN. Adiós, Campomanes... Gracias, Campomanes. (Abrazándole.)

RAFAEL Adiós, adiós. (Vase Fernando por el foro, acompañado hasta la puerta por Rafael, y llevándose distraido el frasco de éter.)

ESCENA IX

RAFAEL, después SABAS por la primera izquierda

RAFAEL (Volviendo á escena.) Uno menos. Asunto concluído. Me río yo de Meternich, y de Bismark, y de León y Castillo.

SABAS (Saliendo con un taco en la mano.) ¡Cuarenta y nueve seguidas!... ¡chico, qué serie!

RAFAEL (Asombrado.) ¿Cuarenta y nueve? (Aparte.) Nunca ha pasado de seis... Se conoce que solo juega más.

SABAS Anda, tú tiras.

RAFAEL Sí, sí... vamos.

SABAS ¿Tenías visita?

RAFAEL Sí... (Aparte.) No se lo digo... es muy torpe y podría... (Alto.) El nuecero... le estaba comprando nueces... ¡Ea! Voy á hacerte otras cuarenta y nueve si te vuelves de espalda. (Vanse por la segunda izquierda.)

ESCENA X

ANGELA, EUGENIA, después FERNANDO. Angela se asoma con precaución por la segunda izquierda. Eugenia hace lo mismo por la segunda derecha

ANG. Eugenia.

EUG. Señorita.

ANG. ¡Vive! ¡Vive!

EUG. Sí, señorita. A mí lo que me convence más de que no está muerto es que se movía... y hablaba...

ANG. (Entrando en escena.) Debe haberse marchado.

EUG. (Idem.) Es natural. Al ver cómo le recibíamos..

ANG. ¡Yo me he llevado un susto! Al principio creí que era su sombra.

EUG. Yo también, y dije: ¡Pues no tiene mala sombra!

ANG. ¿Verdad que es guapo?

EUG. ¡Vaya!... ¿Pero está usted segura de que era él?

ANG. Segurísima. Lo que no comprendo es cómo decían que se había muerto.

EUG Alguna equivocación.

ANG. ¿Y no sabes?... ¡Mira qué casualidad! ¿De quién dirás que es hijo?

EUG. No caigo.

ANG. De don Sabas Ortiz.

EUG. ¡Qué atrocidad! ¿De don Sabas y de doña Catalina?

ANG. No. De don Sabas sólo... es hijo... hijo... de segunda clase. Mamá me ha contado todo esto. ¿Pero qué habrá dicho de nosotras? ¡Echar á correr y dejarle solo!

EUG. Puede que haya creído que aquí en Astorga es costumbre recibir así á las visitas.

ANG. Calla, simple. Y ahora se me ocurre á mí una idea. ¿Volverá ó no volverá?

EUG. ¿No ha de volver? Los enamorados, cuando quieren bien, son como las palomas, siempre vuelven al palomar á buscar la comida.

ANG. Entonces yo vengo á ser... así... como la algarroba. ¡Ay... quiera Dios que mi Fernando tenga mucho apetito!

FERN. (Por el foro.) Me llevaba el frasco de éter... no quiero conservar un éter deshonrado que ha pertenecido... (Viendo á Angela.) ¡Ella!

EUG. (A Angela.) ¡No decía yo!

ANG. ¡El!

FERN. Siento encontrarla. (Saludando.) Señorita...

ANG. Caballero...

EUG. (Aparte.) Aquí sobra una... ¡Vaya si es guapo! (Vase por segunda derecha.)

FERN. Pido á usted mil perdones por...

ANG. Al contrario. Yo soy quien... le ruego nos dispense que cuando vino antes... ni mamá ni yo esperábamos tener el gusto...

FERN. ¡Ah! ¿Cuando ustedes no esperan á una persona?...

ANG. Echamos á correr... sí señor.

FERN. (Aparte.) Y le tiran á la cabeza cualquier objeto. (Entregando á Angelita el frasco.) Hágame usted el favor de tomar...

ANG. (Aparte.) ¿Será un obsequio? (Alto.) Muchísimas gracias... es usted demasiado amable. (Tomándolo.) ¿Para qué se ha molestado?

FERN. No es molestia. Era un deber.

ANG. (Aparte.) Algún perfume... (Destapando el frasco y oliendo.) ¡Uf!... esto es éter... ¡Qué obsequio tan extraño!...

FERN. ¿La tía buena?

ANG. Buena, gracias... Pero siéntese usted. (Ofreciéndole una silla.)

FERN. (Sentándose.) Gracias. (Aparte.) ¡Qué situación tan violenta!..

ANG. (Sentándose.) ¿De modo que estaba usted vivo?

FERN. (Aparte.) Dale... todos me preguntan lo mismo.. (Alto.) Sí, señorita... (Suspirando) ¡Desgraciadamente!...

ANG. ¿Desgraciadamente? ¿Y por qué? ¿No dice usted que me adora? Supongo que su objeto al venir á Astorga, no será otro que... (Ruborizándose.) pedir mi mano.

FERN. Ese era efectivamente.

ANG. (Asombrada.) ¿Era? ¿De modo que ya?

FERN. Angela, no me obligue á ofenderla, á recordarla ciertas cosas...

ANG. ¿Ciertas cosas? ¿Qué quiere usted decir? Hable.

FERN. Estoy enterado de lo del confitero.

ANG. ¡Ah!... sí.. no haga usted caso .. eso no tiene importancia ..

FERN. (Aparte.) ¡Friolera!... ¡Y lo dice con esa frescura!

ANG. Es un primo mío.

FERN. El parentesco no altera en nada determinados hechos.

ANG. Son cosas de mis padres. Ellos hubieran visto con mucho gusto que yo me casara con él.

FERN. Es natural.

ANG. Pero esta mañana he declarado formalmente á mis padres que con el único que con-

traeré matrimonio es con usted. Pida usted más...

FERN. No... si no pido más... (Aparte.) ¡Pero qué situación tan violenta!

ANG. (Aparte.) Parece que no se entusiasma mucho... ¡ah!... quizás tema el pobrecillo que yo al saber su origen... (Alto.) ¿Ha visto usted ya al señor Ortiz?

FERN. ¿Al señor Ortiz?... No... (Aparte.) ¿Quién será el señor Ortiz?

ANG. A la señora de Ortiz ya comprendo que no podría usted presentarse, porque ella ignora, según me han dicho, la existencia de usted.

FERN. Es muy probable. Como yo la suya.

ANG. ¡Ah! ¿Tampoco sabía usted?... Pues Ortiz es casado...

FERN. (Impaciente.) Mire usted, Angela, no he visto á esos señores de Ortiz .. (Con intención, mirándola fijamente y recalcando las palabras.) pero he visto á Campomanes.

ANG. ¿Campomanes? (Aparte.) ¿Quién será Campomanes?

FERN. He hablado extensamente con él.

ANG. (Con indiferencia.) Lo celebro mucho. (Aparte.) ¿A qué vendrá?...

FERN. (Aparte.) No se turba... ¿y cómo la digo yo?... ¡es tan duro!...

ANG. Ahora quiero decirle una cosa que espero hará variar su actitud... yo sé quién es usted, Fernando... conozco la irregularidad que existe en su pasado.

FERN. (Aparte.) ¡Le han contado mis líos!

ANG. Pero no me importa. No tema usted que oponga ningún reparo ..

FERN. (Aparte.) Lo creo.

ANG. Espero que á mis padres les sucederá lo mismo. Por lo tanto, si usted está decidido á pedir mi mano...

FERN. (Con desvío.) Su mano...

ANG. A no ser que prefiera usted que la pida el señor Ortiz.

FERN. (Aparte.) ¡Dale con Ortiz!

ANG. Quizá fuera más correcto. Claro está que la señora de Ortiz tendrá que enterarse más ó menos tarde de que usted anda por el mundo, y casi me inclino á creer, Fernando, que

usted mismo, y cuanto antes, debía tratar de verla, arrojarse á sus pies, solicitar su perdón.

FERN. (Aparte.) No entiendo una jota... Resulta que para andar por el mundo necesito pedirle permiso á la señora de Ortiz... y rogarla que me dispense...

ANG. ¿Quedamos de acuerdo? ¿Lo hará usted?... Don Sabas es muy apocado y nunca se atrevería...

FERN. (Aparte.) ¿Don Sabas?... Este es nuevo...

ANG. En seguida, puede usted ver á mi padre y convencerle para que consienta... yo también influiré con él... Es muy bueno... En el fondo un alma de Dios.

FERN. (Con sorna.) Ya... ya lo sé... buenísimo.

ANG. (Levantándose.) No hay más qué hablar, ¿eh?

FERN. (Levantándose.) Angela. . (Tomando una decisión.) Ya he dicho á usted que hablé con Campomanes.

ANG. ¿Quién es Campomanes?

FERN. No se haga usted de nuevas. Este señor me ha enterado... (Vacilando.) me ha enterado.

ANG. ¿De qué?

FERN. Primero, de que su papá de usted no reune las condiciones de moralidad, de respetabilidad. . necesarias.

ANG. ¿Mi padre? (Indignada.) ¿Que mi padre?... Eso es una calumnia... si precisamente es un modelo...

FERN. Bien. Dejemos á su padre... Pero lo otro... es terrible...

ANG. ¿Lo otro? ¿Quiere usted acabar? ¿Qué es lo otro?

FERN. No insista usted.

ANG. Sí, sí... necesito saberlo... hable usted... (Con imperio.) se lo mando... ¿Qué le han dicho?

FERN. Sea. Campomanes me ha dicho que usted intentó fugarse de su casa hace pocos días con un confitero.

ANG. ¡Jesús! ¡Qué infamia! ¿Y usted lo ha creído? Ese Campomanes, á quien no conozco, ni he visto en mi vida, debe ser un miserable... algún enemigo nuestro. ¿Pero usted no comprende que un hecho semejante, un escándalo tan ruidoso, se sabría en toda la población? Infórmese usted, yo se lo ruego,

pregunte usted á unos y á otros... y verá el concepto que siempre he merecido.

FERN. (Aparte.) En eso tiene razón... ¿si se habrán burlado de mí? Parece que habla con sinceridad.

ANG. (Indignada.) No se acusa de ese modo á una señorita... Fernando, le creia á usted más prudente... pero no importa, ahora soy yo quien exige que usted me pruebe esa criminal calumnia, ó en caso contrario me dé una satisfacción cumplida. Adiós, Fernando, adiós... (Medio mutis por segunda izquierda.)

FERN. (Con resolución.) No, Angelita... no... se acabaron mis dudas. Perdóneme usted.... he leído en sus ojos la verdad de cuanto afirma... he sido juguete de ese hombre. . ahora veo claro... Campomanes no me inspira confianza... no he debido darle crédito... recuerdo que hubo una época en que me pedía mis documentos .. no sé con qué fin... debe ser un enredador... ¡y yo le he creído!... ¿me perdona usted?

ANG. Le perdono.

FERN. (Cogiendo una mano de Angela.) Sí, Angelita, pediré su mano.

ANG. Prométame usted dos cosas.

FERN. Prometidas. ¿Cuáles son?

ANG. La primera, no hablar por ahora á mis padres ni una palabra de este asunto. Se disgustarían atrozmente.

FERN. ¿Y la segunda?

ANG. Que cuando vuelva usted á ver ese embustero de Campomanes...

FERN. Descuide usted... llevará su merecido... Ahora voy corriendo á buscar á mi madre.

ANG. ¡Ah! ¿por fin se decide usted?

FERN. Ya estaba decidido.

ANG. Me alegro... es lo mejor. . ¡Pero por Dios, Fernando!... mucha prudencia... podría disgustarse.

FERN. ¿Quién?

ANG. La señora de Ortiz.

FERN. Pues con mandarla á paseo... (Aparte.) Dichosa señora de Ortiz.

ANG. No, no. . es muy susceptible y lo estropearía todo.

FERN. (Aparte.) Será alguna parienta próxima... alguna tía... (Alto.) Hasta muy pronto, Angela.

ANG. Valor, Fernando... y diplomacia.

FERN. La tendré. (Se estrechan las manos y vase Fernando por el foro, acompañado hasta la puerta por Angela.)

ESCENA XI

ANGELA, SABAS por la primera izquierda

SABAS (Desde la puerta, como hablando con Rafael.) Bueno. Hasta luego Volveré después de la oficina. Sí, saldré con precaución, no sea que mi mujer... (Se dirige despacio hacia el foro.)

ANG. (Viéndole.) ¡Ay don Sabas, querido don Sabas! ¿no sabe usted la gran noticia? Prepárese usted á recibir un alegrón. Vamos... ¡si no se lo puede usted imaginar!

SABAS ¿Un alegrón?... ¿yo?... ¡me chocaría!... no tengo costumbre...

ANG. (Aparte.) Dicen que la alegría mata... se lo iré contando poco á poco... (Alto.) Pues... sepa usted don Sabas que su hijo...? aquel que se había muerto... ¿sabe usted?

SABAS Sí. ¿Qué?

ANG. Se había muerto efectivamente, pero no del todo. No era una apoplegía, no, era el tifus, la viruela, el sarampión... ayer se encontraba gravísimo... esta mañana estaba más aliviado... y esta tarde... hace cinco minutos que acaba de salir de aquí... ¡ea, ya lo sabe usted!

SABAS Caramba, caramba, ¿conque el joven no había liquidado?

ANG. Vive, don Sabas, vive... y además me ama... Yo también le amo... nos amamos los dos... nos queremos casar en seguida.

SABAS (Aparte.) ¡Uy!... otro lío... pero Virgen Santa; ¿no se van á acabar estas trapisondas? ¡Y todo me lo cuentan á mí!

ANG. Usted nos ayudará, ¿verdad?

SABAS (Aparte.) ¡Ese Rafael que me deja solo!...

ANG. No pierda usted tiempo... ande usted... pídale mi mano á papá... se lo ruego.

SABAS Mira... Angela. . mi cabeza se... yo me vuel-

vo loco... Déjame... (Aparte.) Pies en polvorosa... es lo mejor. (Vase corriendo por el foro.)

ANG. Pobre hombre... la emoción le ha trastornado completamente... Irá á buscar á su hijo .. quizá también á su mujer para confesarla el secreto... y volver después todos juntos á hablar con mis padres. (Permanece un instante en el foro mirando al jardín.)

ESCENA XII

ANGELA, RAFAELA; después RAFAEL

RAF. (Por la primera derecha sin ver á Angela.) He pasado el miedo más espantoso de toda mi vida. Si estuviéramos todavía en aquellos tiempos en que se creían que existían fantasmas y trasgos... hubiera creído que ese hombre era un fantasma, ó un trasgo... pero como ya no estamos en aquellos tiempos, no lo puede creer.

ANG. ¡Mamá, querida mamá!... ¡Qué alegría! Fernando, vive.

RAF. Ya lo sé, hija mía, ya lo sé.

ANG. ¡Le he visto con mis propios ojos!

RAF Yo también... ¿Pero tú le conoces?

ANG. Voy á contarte... verás...

RAF. No, ahora no me cuentes nada... luego... tengo que hablar con tu padre... ¿Le has visto?... ¿dónde está?

ANG. No lo sé... A ver si en el jardín... (Se asoma al foro. Rafael, con el taco en la mano, sale por la izquierda.)

RAF. No, mírale. Aquí viene.

RAFAEL (Sonriéndose.) ¡Hola, monina! (Poniéndose muy serio de repente. Aparte.) (¡Ay, se me olvidaba la tristeza!) (Alto y en tono lúgubre.) ¡Hola, monina!

RAF. ¿Quieres tomar?...

RAFAEL ¿Más tila? De ninguna manera.

RAF. ¿Quieres tomar asiento? Necesito hablarte.

RAFAEL (Aparte.) Le tengo un cerote á estas conferencias. (Alto.) Estoy... ahí... ensayando un retroceso muy difícil... para aturdirme... para olvidar... en estos días de luto...

RAF. Ya lo ensayarás luego. Siéntate.

RAFAEL (Aparte.) Después de todo, como no ha llegado á verle, puedo estar tranquilo. (Se sientan.) ¿Es que... quieres hablarme?...

RAF. Sí.

RAFAEL ¿De qué?

RAF. Lo sabrás en seguida. (A Angela.) Angela, vete á tu cuarto. Deseo hablar á solas con tu padre.

ANG. Está bien, mamá.

RAFAEL (Aparte.) (Con tal de que no le haya visto...)

ANG. (Aparte.) (Con tal de que no se opongan...) (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA XIII

RAFAEL, RAFAELA. Después VALENTINA

RAF. (En tono severo.) Rafael.

RAFAEL Rafaela.

RAF. Me has engañado.

RAFAEL (Fingiendo sorpresa.) ¿Te diriges á.. un servidor, ó á...? (Mirando alrededor suyo.)

RAF. Sí. A un servidor. A ti.

RAFAEL ¿Y dices?.... Me ha parecido comprender que decías... que yo te había...

RAF. Engañado miserablemente.

RAFAEL (Sonriendo) Me lo dirás en broma, ¿eh?... Por distraerte... para aturdirte... en estos días de luto.

RAF. No.

RAFAEL (Aparte.) (¿Si le habrá visto?)

RAF. Tu hijo vive. Tu hijo no ha muerto.

RAFAEL ¿Qué me dices?... ¿Estás segura?

RAF. Completamente. Le acabo de ver aquí mismo, en esta casa.

RAFAEL (Fingiendo alegría.) ¿De veras?... Hombre, pues... mira... me alegro muchísimo... tengo una satisfacción... me quitas un peso...

RAF. Basta de farsa.

RAFAEL (Aparte.) (¿Cómo le habrá visto?)

RAF. ¿Por qué me has engañado, Rafael? ¿Qué móvil te ha sugerido esa mentira? Bien sabes que nada puede quebrantar la confianza que tengo en ti depositada. Aceptaré tus ex-

plicaciones; pero si he de aceptarlas, es preciso antes, naturalmente, que me las des. Responde, ya te escucho.

RAFAEL (Aparte. (Y vamos con el embuste número seiscientos. Un día es un día.) (Alto.) Bueno... pues ya que deseas saberlo... lo vas á saber... yo no quería decírtelo... pero... te empeñas... insistes .. apremias... interrogas... (Aparte.) (No se me ocurre nada artístico...) (Alto.) Verdaderamente, yo no debía... quizás tú sientas después...

RAF. Suprime los preámbulos.

RAFAEL (Distraído.) Es que estoy urdiendo... (Aparte.) (¡Uy!)

RAF. ¿Urdiendo?

RAFAEL Ardiendo, ardiendo en cólera. Si mi hijo no ha muerto para los demás, para mí sí ha muerto.

RAF. ¿Para ti? ¿Por qué razón?

RAFAEL Fíjate bien en mis palabras. ¿Te fijas?

RAF. Sí. Me fijo.

RAFAEL Hace mucho tiempo que yo había adivinado tu secreto deseo de ver á mi hijo entre nosotros, y queriendo darte una sorpresa, escribí antes de ayer á Fernando, ordenándole que se pusiera en camino ayer, con objeto de que llegase aquí hoy, día de tu santo.

RAF. ¿Hiciste eso, Rafael? ¡Qué delicado eres! ¡Cómo te reconozco en ese rasgo!

RAFAEL Ya ves, siempre soy el mismo. ¡El hombre de los grandes rasgos! ¡Poquito que me reía yo esta mañana interiormente cuando me proponías que trajéramos al muchacho!... ¡Y decía interiormente también!... ¡si supiera!...

RAF. (Riendo.) ¡Es natural: te desternillarías!

RAFAEL Una risa Homérica... la de los mejores tiempos de Homero. (Aparte.) (¡Pero qué cinismo tengo!)

RAF. Continúa.

RAFAEL Continúo. En lugar de ir á Correos, como tú creías, voy á la estación, llega el tren, se detiene, baja Fernando... ¡ya comprenderás la escena!... (Simulándola.) ¡Hijo mío!... ¡Padre de mi alma!... ¡A mis brazos!... ¡Por fin!...

¿Y mi segunda madre?... ¡Buena, gracias!... Lágrimas, sollozos, suspiros entrecortados... (Aparte.) (¡Pues sale artístico, ya lo creo!)

RAF. (Impaciente.) Sigue, sigue.

RAFAEL Salimos de la estación, y tras, tras, tras, por las calles de Astorga nos dirigimos á casa.

RAF. ¡Qué alegres vendríais!

RAFAEL Como dos pares de castañuelas... Pero aguarda, que ahora entra lo triste... mientras hablábamos, yo iba notando en él algo extraño... estaba receloso, intranquilo, contrariado... le pregunto, qué tiene... contesta con evasivas... insisto, le estrecho cada vez más... y por fin me confiesa... que entre el juego y las mujeres ha gastado todo lo que nosotros le mandábamos.

RAF. ¡La juventud!...

RAFAEL Que ha pedido dinero á todos mis amigos de Madrid y que debe cerca de siete mil duros.

RAF. El abandono en que estaba...

RAFAEL (Fingiendo incomodarse.) ¿Qué abandono, qué abandono? Los vicios. Me indigné, me puse rojo, después amarillo. Lo cojo por el cuello, dudo si ahogarle, ó mandarle que regrese á Madrid, opto por esto último... y le ordeno.

RAF. El pobrecillo no ha cumplido la orden. Sin duda esperando ser perdonado, estuvo antes aquí.

RAFAEL Lo sé.

RAF. No he podido hablarle, pero...

RAFAEL Le he hablado yo.

RAF. ¿Qué le has dicho?

RAFAEL Que le prohibía para siempre la entrada en el domicilio paternal.

RAF. Vamos, Rafael. Sé indulgente, sé humano. Sigue los impulsos de tu corazón generoso. Piensa que es tu hijo, la carne de tu carne...

RAFAEL ¿Sí, eh?... ¡Menudo hueso tiene esa carne! ¡Siete mil duros! .. Por ese precio, solomillo.

RAF Perdona, Rafael, perdona.

RAFAEL No hay de qué, mujer. Eres muy dueña.

RAF. Que perdones á Fernando, digo.

RAFAEL Nunca.

RAF. Reduciremos nuestros gastos, le pagaremos sus deudas poco á poco.

RAFAEL Cuando yo le pague á ese trasto una peseta,

habrá llovido. (Se levanta.) ¡Vaya si habrá llovido!

RAF. (Suplicante.) ¡Hazlo por mí!

RAFAEL No insistas. Es inútil. Tengo razones poderosas, razones de importancia suprema para exigir que ese individuo no vuelva á poner los pies en esta casa, y yo te aseguro que no los pondrá.

VAL. (Por el foro, anunciando.) El señor don Fernando Palmerín.

RAF. El... (Se levanta.)

RAFAEL (Aparte.) ¡Horror!... (Alto á Valentina, precipitadamente.) Que no estamos... que no hay nadie... que hemos salido para el Uruguay... ó el Paraguay... (Aparte.) (¡Ay!)

VAL. Bien, señor. (Medio mutis.)

RAF. Aguarda, Valentina. (Valentina se detiene.) Que pase ese caballero.

VAL. Bien, señora. (Vase.)

RAFAEL ¿Qué haces?

RAF. (Con energía.) Justicia.

RAFAEL Protesto y me voy... (Aparte.) (Al Paraguay.)

RAF. (Cogiéndole de un brazo.) No te irás.

RAFAEL (Aparte.) (¡Pero qué larga es la vida, santo Dios, qué larga!...)

VAL. (Por el foro.) Pase usted.

ESCENA XIV

DICHOS, FERNANDO por el foro

FERN. (Saludando.) Señora.

RAF. Hágame usted el favor de tomar asiento. (Cierra todas las puertas, incluso las del foro.)

FERN. (Viendo á Rafael.) Ah... está usted aquí, ¿eh? (Le da un fuerte puñetazo en el hombro.)

RAFAEL (Haciéndose el desentendido.) Sí... aquí, (Tocándose el hombro.) aquí... si se sentara usted, estaría más cómodo... (Aparte.) (¿Por qué me habrá dado este puñetazo?)

FERN. (A Rafael.) Tenemos que arreglar una cuentecita, señor Campomanes, y la arreglaremos después. Ahora chitón. Aquí no quiero escándalo. (Le tira un pellizco.)

RAFAEL (Aparte.) ¡Ay!... ¿por qué me pellizcará?... (Se va junto á Rafaela.)

RAF. (Tomando una silla.) Siéntese. (Los tres se sientan.) ¿Me autoriza usted para que le hable con toda franqueza, como si fuera su verdadera madre?

FERN. Con mucho gusto, señora. (Aparte.) ¿Por qué se quedará este estúpido?

RAF. En ese caso creo que nos entenderemos.

FERN. Permítame usted... (Indicando á Rafael.) el señor no debía presenciar...

RAFAEL (Aparte.) ¡Ojalá! ¡Qué más quisiera!

RAF. No tema usted. Le he obligado yo á quedarse. Es conveniente.

FERN. En ese caso...

RAF. Tanto mi marido como yo, querido Fernando, comprendemos que los jóvenes deben divertirse.

FERN. (Sonriendo.) ¡La juventud dura tan poco!...

RAF. Pero no es necesario hacer locuras, y usted, Fernando, no negará que se ha excedido... que ha rebasado el límite...

FERN. (Aparte.) Mis líos... se los habrá contado ese chismoso. (Alto.) Confieso, señora... que en ocasiones...

RAF. Su padre de usted tiene sobrados motivos para estar descontento...

RAFAEL (Aparte.) Los rayos no son oportunos. ¡Quiá!

FERN. ¿Mi padre? Creo que usted no le conoce.

RAF. Mejor que usted.

FERN. (Aparte.) Qué coincidencia.

RAF. Le conozco hace muchos años, los suficientes para saber que es bueno, indulgente, cariñoso y que le perdonará á usted, con la condición de que en adelante siente la cabeza, y renuncie para siempre á la vida desordenada que ha llevado hasta aquí.

FERN. (Indicando á Rafael.) ¿Eso lo habrá sabido usted por...?

RAF. Sí. El me lo ha dicho, y ha hecho muy bien.

FERN. (Aparte.) El primer puntapié va á ser imponente. (Alto.) Señora, olvidemos eso, si á usted le parece... hablemos de Angelita.

RAF. ¿De mi hija?... ¿La ha visto usted?

FERN. He tenido hace poco el placer de hablar con ella.

RAFAEL (Aparte.) Pues ya me explico el puñetazo y el pellizco.

RAF. (Con interés.) Vamos á ver. ¿Qué impresión le ha causado á usted?

FERN. Profunda. Es adorable.

RAF. Me alegro. Se entenderán ustedes muy bien.

FERN. ¿De modo que usted no se opone á mis pretensiones?

RAF. Todo lo contrario. Y mi marido tampoco. (Mirando á Rafael.) ¿Verdad?

RAFAEL Tampoco. (Aparte.) ¡Dios mío! Ahora estaba indicada la tila.

FERN. Gracias, señora. Entonces... una vez convenidos... No sé cómo demostrar mi reconocimiento. (Se levanta.)

RAF. (Levantándose.) De un modo muy sencillo. (Tomando de la mano á Rafael y llevándole hacia Fernando.) No tiene usted más que...

FERN. (Atajándole la palabra.) Llamar á mi madre que me espera en el jardín, ¿no es eso?

RAFAEL (Aparte.) ¡Su madre! ¡Apocalíptico! ¡El caos!

RAF. (Aterrada.) ¿Su madre? (Rafael tararea por lo bajo la Danza Macabra.)

FERN. Verá usted qué simpática. Vuelvo en seguida. (Vase por el foro.)

ESCENA XV

DICHOS menos FERNANDO

RAF. (Inmóvil y como aturdida.) ¿Su madre?

RAFAEL (Aparte.) Sólo un terremoto fuertecito me podría salvar.

RAF. Tiene madre. Vive su madre. Le acompaña su madre. ¡Y tú me asegurabas que había muerto!

RAFAEL (Aparte.) Está visto, en la suerte de matar no me luzco. Siempre pincho en hueso.

RAF. ¿Qué quiere decir esto, Rafael?

RAFAEL Es la resurección de las almas. No te preocupes. Tenía que llegar, según el Catecismo...

RAF. Si me habías confesado la existencia del hijo, ¿por qué ocultar la de la madre?

RAFAEL Porque temía provocar tus celos... excitar tus sospechas... perder tu confianza.

RAF. (Excitada.) ¿La amarás aún?

RAFAEL La odio. Y para demostrártelo, ahora mismo voy á arrojarla de esta casa. (Se dirige al foro.)

RAF. (Deteniéndole.) No. Quiero veros frente á frente. En vuestra actitud comprenderé la verdad. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Contra la muerta no sentía enojo, pero ante la viva tiemblo, dudo..

RAFAEL (Aparte.) ¿Para qué me habré metido yo á inventar hijos naturales? (Fernando y Mercedes aparecen en el foro.)

RAF. Aquí están. Corazón, no estalles.

ESCENA XVI

DICHOS, FERNANDO y MERCEDES

FERN. (Presentando á Rafaela.) La señora de Mosquera. Mi madre.

RAFAEL (Aparte.) Olé. Ahora empieza lo bueno.

MERC. Señora...

RAF. Señora... (Toda esta escena la hará Rafaela comprimiéndose para no llorar, y pasándose de vez en cuándo el pañuelo por los ojos.) Sírvase usted... (Indicando una silla.)

MERC. (A Fernando, indicando á Rafael.) ¿El padre?

FERN. (A Mercedes.) No, un amigo... un chisgarabís...

MERC. (Saludando á Rafael.) Caballero...

RAFAEL (Aturdido.) Beso á usted la mano... (Aparte.) Hasta aquí no vamos mal.

RAF. (Mirando á Mercedes. Aparte.) Es regular. Me parece que valgo yo mucho más que ella.

MERC. (A Rafaela.) Dispense usted, señora, que nos hayamos tomado la libertad de venir á esta casa, pero yo tenía un vivísimo deseo de conocer á usted.

RAF. Gracias... el gusto... (Aparte.) no puedo, no puedo... (Alto, con intención.) A mi esposo será inútil que se le presente. De sobra le conocerá usted.

MERC. ¿A su esposo? Francamente, no recuerdo haberle visto en mi vida.

RAFAEL (Aparte.) ¡Claro!

RAF. (Aparte.) ¡Comedianta .. cómo disimula!

RAFAEL (Aparte á Rafaela.) ¿Ves qué fría está conmigo? Y yo qué frío, ¿eh? (Aparte.) Como que estoy helado.

RAF. (Aparte á Rafael.) Silencio.

MERC. Mientras paseaba por el jardín, he visto asomada en un balcón á una muchacha verdaderamente deliciosa. ¿Acaso será su hija de usted?

RAF. Probablemente.

MERC. La felicito por tener semejante perla.

FERN. Es un diamante.

MERC. Bueno. No reñiremos por la calificación. Y su cara respira bondad, en eso no suelo equivocarme. Respecto á usted, señora, todo elogio me parece pálido. Los informes que de ustedes había tomado antes de decidirme á venir, se confirman con la inmejorable impresión que recibo.

RAF. (Aparte.) ¡Ha tomado informes... se necesita descaro!...

RAFAEL (Aparte.) Voy á ver si me escurro. (Se levanta.)

RAF. (Aparte á Rafael.) ¿Dónde vas?

RAFAEL (Aparte á Rafaela.) Un calambre en esta pierna (Se sienta.)

MERC. Así, pues, me felicito y felicito á mi hijo Fernando por tener la suerte de ingresar en el seno de una familia tan simpática como respetable. Este género de familias ya va desapareciendo por desgracia. La agitación de la vida moderna, la irregularidad en las costumbres hacen que muchos hogares no sean lo que parecen. Hay mucha corrupción, señora, mucha, créame usted. ¡Se lleva una cada chasco! Hay muchos maridos infieles, muchas esposas ultrajadas, hijos naturales que aparecen inesperadamente... faltas ignoradas...

RAF. (Aparte.) ¡Qué aplomo!... ¿se burlará?

MERC. En cuanto á mi hijo poco tengo que decir. Aun es muy joven, ha sido algo loco, pero ya va corrigiéndose, y espero que cuando esté casado...

RAF. (Levantándose y aparte.) No puedo más... me engañaban mis fuerzas.

RAFAEL (Aparte.) ¡Llega la catástrofe!

MERC. Angela, su hija de usted no se arrepentirá de haberle elegido por esposo.

RAFAEL (Aparte. Aterrado.) Llegó.

RAF. (Asombrada.) ¿Cómo? ¿Qué dice usted?... ¿Su hijo esposo de mi hija?... El hermano con... ¡ay... me vuelvo loca... me vuelvo loca... no quiero escuchar más! (Vase llorando por primera derecha.)

RAFAEL Dispénsenla ustedes... padece de los nervios... y siempre que la hablan de casar á su hija... la idea de separarse de ella... Ya comprenderán... ¡La quiere tanto!

MERC. Sí, sí, es lógico. No importa. Ya volveremos.

RAFAEL Eso es; vuelvan ustedes otra vez, dentro de un par de años... (Rectificando.) de un par de días... y ya se le habrá pasado. (Aparte.) Mañana mismo emigro de esta población.

MERC. Hasta la vista, caballero.

RAFAEL (Saludando.) Señora...

FERN. (Acercándose mucho á Rafael y hablándole en la misma cara.) Hasta la vista. (Le da intencionadamente un fuerte pisotón.)

RAFAEL (Aparte. Haciendo un gesto de dolor.) ¡Uy, qué bruto! ¡qué dolor! (Alto y sonriéndose forzadamente.) He tenido muchísimo placer... (Aparte.) ¡Quiá! (Se dirigen todos al foro. Oyese dentro ruido de voces destempladas como de personas que disputan.)

MERC. ¿Qué es eso?

FERN. Parece que riñen. (Aparecen en el foro Sabas y Catalina, que disputan acaloradamente. Catalina lleva en la mano el retrato que sacó en el acto primero. Administra á Sabas algunos empellones y le da con el retrato en la cara.)

ESCENA XVII

RAFAEL, MERCEDES, FERNANDO, SABAS y CATALINA. Después ÁNGELA. Después RAFAELA. Después EUGENIA y VALENTINA. Después MELECIO

CAT. (A Sabas.) Anda, sátiro, pillastre, Sardanápalo, Herodes. (Enseñándole el retrato.) Te lo vas á comer.

RAFAEL (Aparte.) ¡Esos faltaban!

CAT. (Viendo á Rafael.) ¡Ay, Rafael!... ¿no sabe usted

lo que me pasa? ¡Mire usted qué retrato he encontrado en mi cesta de labor! Es hija suya... de Sabas.. ese tuno tenía una hija natural. Que lo sepa todo el mundo. (A Mercedes.) Mire usted, señora.

SABAS (Aparte á Rafael.) Sálvame.

RAFAEL (Aparte á Sabas.) Es el primer pronto.

SABAS (Aparte.) Pues no llego al segundo.

ANG. (Por la segunda izquierda. Aparte.) ¡Fernando!

MERC. (Aparte.) ¡Angela! (Alto.) ¡Señorita! (Saludando.)

ANG. (Saludando.) Señora... (A Catalina.) ¿Le ha dicho á usted ya don Sabas que su hijo vive?

CAT. Su hija será, es hija.

ANG. No. El otro, el hijo... tiene un hijo.

CAT. (Dando un salto.) ¿También un hijo?.. Y ya son dos.

FERN. (Que ha mirado con curiosidad el retrato que aun conserva su mano.) Yo conozco á esta mujer.

CAT. ¿Sí? ¿Quién es? Deme usted datos.

FERN. Es Anita Coral, domadora de perros. Una de las cinco hermanas Corales.

CAT. ¿Cinco hermanas? Entonces mi marido tiene cinco hijas... y el hijo seis...

SABAS (Aparte.) Ya me es igual. Vengan hijos.

CAT. (Amenazando á Sabas.) ¡Pillo, facineroso!.. ¡Ay, ay!... (Se desmaya lanzando antes algunos gritos. Todos acuden á socorrerla.)

RAF. (Por la primera derecha.) ¿Qué pasa? ¡Catalina!... (Se acerca á ella.)

ANG. (Que ha hablado breves momentos con Fernando. Acercándose á Rafaela.) ¡Gracias, mamá, gracias!

RAF. ¿Por qué?

ANG. Por haber consentido en mi matrimonio con Fernando.

RAF. Pero, desgraciada, ¿sabes tú quién es este hombre?

ANG. ¿Este hombre?

RAF. ¡Es tu hermano! (Cae desmayada en una silla.)

RAFAEL (Aparte.) ¡Agua va! (Salen Valentina por el foro y Eugenia segunda derecha.)

ANG. (Aterrada.) ¡Mi hermano! (Cae desmayada en otra silla.)

FERN. (Llevándose las manos á la cabeza.) ¡Su hermano! ¿luego, mi padre?

MERC. ¡Hermanos!... ¡luego mi marido!... ¡ay! (Cae desmayada.)

RAFAEL ¡Un médico! (Vanse los dos corriendo por el foro.)

SABAS (En primer término, cruzándose de brazos. A Rafael.) ¡Satanás, contempla tu obra!

RAFAEL (También cruzado de brazos.) ¡Contempla la tuya, Lucifer!

MEL. (Entrando por el foro.) Felices. Venía á saber la respuesta... (Al darse cuenta de la escena, abre desmesuradamente los ojos y toma una expresión de asombro extraordinaria.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Un gabinete en casa de Rafael. Cuatro puertas laterales. En el foro derecha puerta de entrada. En el foro izquierda un balcón con una persiana levantada al empezar la acción. Muebles diversos.

ESCENA PRIMERA

VALENTINA y EUGENIA preparando una taza de tila y un vaso de mixtura antiespasmódica que hay sobre un velador. Voces de RAFAELA y ANGELA dentro. Después RAFAEL

EUG. Yo no he podido enterarme bien, pero algo he cogido al vuelo. Según parece, la señorita Angela no es hija de don Rafael, si no de don Sabas, y don Sabas es hermano de la madre del señorito Fernando, y la madre del señorito Fernando no es madre... ni tiene padre; en fin, hija; yo sospecho, en vista de esto, que aquí pasa algo extraño.

VAL. ¡Pero cómo está todo! En cada casa hay un melodrama de gran espectáculo.

RAF. (Dentro en primera derecha.) Eugenia. La tila.

EUG. Voy, señora. (Vase por primera derecha llevando la taza.)

ANG. (Dentro en segunda izquierda.) Valentina. La antiespasmódica.

VAL. Voy, señorita. (Vase por primera izquierda, llevándose el vaso. Sale Rafael por segunda derecha, con un frasco en la mano. Lleva un batín de mañana. Su as-

pecto es el de un hombre abatidísimo. Viene lentamente al proscenio y se sienta en una butaca.)

RAFAEL (Leyendo la etiqueta del frasco.) «Este específico compuesto de bromuro de potasio, bromuro de sodio y bromuro de alcanfor, hace desaparecer en el acto la excitación nerviosa más rebelde. Una cucharada de café cada tres horas.» ¡Ay! Pero no hace desaparecer hijos sobrenaturales, ni los líos conyugales, ni la indignación de las esposas ofendidas... En fin... venga bromuro. (Lo prepara en una copa con servicio de botella, cucharilla, etc., que habrá en el velador, y lo bebe durante lo que sigue.) ¡Qué noche, Dios mío! .. ¡Qué noche he pasado! un batallón de hijos fantásticos me rodeaba en sueños, me acariciaba, me llamaba papá. Los había rubios, morenos, castaños, altos y bajos, púberes é impúberes, guapos y feos. Otro batallón de madres abandonadas, todas guapas, se dirigía hacia mí, llevando un estandarte en que se leía: «Reparación por subsiguiente matrimonio.» Otro batallón de abogados y procuradores con Rafaela al frente, se acercaba gritando: «Divorcio.» (Aparece Sabas por el foro.) Y Sabas, el pobre Sabas, á quien he puesto en el mayor de los apuros, salía del centro de una nube, vestido de clown, rodeado de sus cinco hijas, bailando en el alambre, seguido por los perros amaestrados que enseña Anita, y me decía iracundo; «¡En buen lío me has metido!»

SABAS (Que ha ido avanzando hasta quedar detrás de Rafael.) ¡En buen lío me has metido!

RAFAEL (Volviendo sobresaltado.) ¡Eh!... ¿Tú?

SABAS Sí. Yo. (Yendo á sentarse en otra butaca.) Y, siento decírtelo, chico, pero tu recurso maravilloso no vale absolutamente nada. ¡Valiente papa! (Mientras habla toma pastillas de una cajita que saca del bolsillo.) No te habrás quedado calvo por inventarlo.

RAFAEL No; mi calva es anterior. ¿Qué comes?

SABAS Pastillas de coca y kola para levantar las fuerzas.

RAFAEL Bien hecho. Este asunto trae mucha cola, te lo advierto.

SABAS Después del escándalo de ayer me he quedado exánime, postrado, anémico, raquítico...

RAFAEL Como yo.

SABAS Sí, pero tú siquiera no tienes más que un hijo y yo me encuentro con seis... ¡y cinco hembras! ¡Cualquiera las casa!

RAFAEL Es que el mío vale por doce. No puedo deshacerme de él. Ni aún matándole.

SABAS ¿Todavía no se ha marchado?

RAFAEL (Levantándose.) ¡Quiá! Está en la fonda de ahí enfrente con su madre, (Mirando por el balcón.) Mírale, allí le tienes en la ventana, afeitándose con la mayor tranquilidad, como si no hubiera hecho nada, como si no fuera mi hijo. (Con amargura.) ¡Mi hijo!... ¡De qué buena gana le asesinaría! (Enseñándole los puños.) Pillo, tunante, ¿para qué has venido á Astorga? Para envenenar mi hogar honrado, y para administrarme puñetazos, pellizcos y pisotones. Ya me ha visto. Sí, á tí, á tí te digo. (Bajando la persiana.) Ea, no quiero ni verle.

SABAS Y ahora, ¿qué piensas hacer? ¿Qué piensas inventar?

RAFAEL No lo sé. El embrollo es demasiado grande. Fernando enamorado de mi hija. Angela enamorada de mi hijo. Rafaela creyéndolos hermanos.

SABAS ¡Vaya una ensalada!

RAFAEL No veo más solución que emprender un viaje por el extranjero. El tiempo hará olvidar...

SABAS ¿No sería mejor confesar á tu mujer que tu hijo era inventado, artificial... que nunca lo has tenido?

RAFAEL ¿Y cómo explico entonces mis repetidos y prolongados viajes á Madrid? Eso sería confesar que la engañaba cínicamente desde hace mucho tiempo.

SABAS Tienes razón. No hay más recurso que tomar kola. (Tomando una pastilla.) Mucha kola.

RAFAEL. Y bromuro. (Bebiendo.) Mucho bromuro.

ESCENA II

DICHOS, VALENTINA, EUGENIA; después CATALINA por el foro. Eugenia sale por primera derecha

RAFAEL (Viéndola.) Ah, Eugenia. ¿Cómo está la señora?

EUG. Llorando. (Vase por el foro.)

RAFAEL (Aparte.) ¡Cuánto me remuerde!... Esas lágrimas caen sobre mi conciencia como piedras de molino. (Viendo á Valentina que sale por primera izquierda.) Valentina, ¿qué hace Angela?

VAL. Llorar. (Vase por el foro.)

RAFAEL ¿Lo has oído, Sabas? ¡Lágrimas por todas partes! ¡Qué sinvergüenzas somos!

SABAS Oye, oye... Lo serás tú. Yo, después de todo, no soy más que un modesto discípulo tuyo que inconscientemente...

RAFAEL Que inconscientemente quería engañar á su mujer y correr unas cuantas juerguecitas. A mí no me vengas ahora con hipocresías. Me ratifico en lo de sinvergüenzas.

SABAS (Resignado.) En fin, si tienes mucho empeño... aceptaré la falta de vergüenza que me corresponda.

RAFAEL Estas lágrimas que aquí se vierten, no son las únicas que nuestra infame conducta ha provocado. De seguro que en estos mismos instantes, tu mujer, tu pobre Catalina, pasado el primer momento de estupor, estará llorando amargamente. Me la figuro anegada en lágrimas.

ESCENA III

DICHOS. CATALINA por el foro con una carta en la mano

CAT. (Entrando.) ¿Está aquí ese trapisondista, ese cocodrilo?... (Viendo á Sabas.) Sí... Está aquí. ¡Hola, Rafael!

SABAS (A Rafael.) ¡Anda, para que te la figures anegada en lágrimas! Esta no se anega ni en el Missisipí.

CAT. ¿Qué dirá usted que he averiguado?

RAFAEL No caigo.

SABAS (Aparte.) (¿A qué me salen más hijos?)

CAT. Pues que las hijas de este monstruoso marido, que Dios confunda, están muy cerca de aquí.

RAFAEL ¿Dónde?

CAT. En León, trabajando con una compañía ecuestre. Mire usted el programa. (Se lo enseña.) Son efectivamente cinco hermanas. Anita presenta nueve perros amaestrados y un gato que toca el arpa. Estrella baila la serpentina. Zoraida tira al blanco. Rosina trabaja en la percha, y Flora se traga un sable.

SABAS (Aparte.) (Pues tengo una familia muy entretenida. Para las noches de invierno es una ganga.)

CAT. (Enseñando la carta.) He venido á leerle á usted la carta que escribo á esas individuas.

SABAS ¡Ah!... ¿pero vas á escribirlas?... ¿Te vas á rebajar?..

RAFAEL (Aparte.) (Complicación postal.) (Alto.) ¿Pero va usted á escribir?...

CAT. Naturalmente, quiero enterarlas de que en ningún caso podrán contar conmigo, de que no acepto el papel de madre acrobática que sin duda me reserva el porvenir. (A Rafael.) Y deseo que usted me aconseje, me dé su opinión... Escuche usted. (Leyendo.) «A las hermanas Corales, en León. Teatro Circo. Jóvenes.» ¿Qué le parece á usted?

RAFAEL ¿Qué?

CAT. Lo de *jóvenes.*

RAFAEL Bien... A mí las jóvenes siempre me han parecido mejor que las viejas.

CAT. No quiero llamarlas señoritas, porque Dios sabe... y mucho menos hijas... por eso busco un término medio, (Leyendo.) «Jóvenes. Si la Naturaleza no me ha concedido la alegría de ser madre...»

SABAS No ha sido por mi culpa...

CAT. ¡Descarado! (A Rafael.) ¡Todavía se atreve á hablar!

RAFAEL Siga usted. No le haga caso.

CAT. (Leyendo.) «Si la Naturaleza no me ha conce-

dido la alegría de ser madre, el instinto de la maternidad existe, sin embargo, en estado latente dentro de mi pecho.»

RAFAEL Muy bien.

CAT. «Pueden ustedes, jóvenes, adivinar qué sacudida tan violenta sentiría mi alma cuando averigué, repentinamente, que mi marido era el padre de cinco hijas, en las cuales yo no tenía participación de ningún género. Pasado que fué el primer momento de colérica indignación, razoné de esta suerte: ¿Quién sabe, me decía yo, si esas muchachas serán la alegría, el apoyo y el consuelo de mi vejez? Pero al saber quién eran ustedes, y la clase de vida que arrastran, comprendí que tales sueños no podían realizarse. Entre ustedes y yo, media una gran distancia, que no puede salvarse ni aun con trampolín. Los volatines en sí, no deshonran á nadie; pero debo decir á ustedes que yo siempre he marchado por el árido camino de la virtud, y que la única vez que me he retratado fué con un traje decoroso, en el que entraron más de veintiseis varas de tela, sin contar los forros.» ¿Qué le parece á usted?

RAFAEL Mucha tela.

CAT. Digo la carta.

RAFAEL ¡Ah!... Bien... muy elocuente... muy moral... esa carta convence á las cinco hermanas... y á toda la compañía y al *gato del arpa.*

CAT. Creo que bastará con esto para que comprendan...

RAFAEL Vaya. ¡Y poco que se van á reir cuando reciban!...

CAT. ¿A reir?

RAFAEL Digo á llorar... á llorar.. ¡Pobres muchachas!

CAT. ¿Me hace usted el favor de un sobre y un tintero?

RAFAEL Con mucho gusto. (Vase Rafael por la segunda derecha.)

ESCENA IV

DICHOS y FERNANDO, por el foro

CAT. (A Sabas.) En cuanto á ti, pensé al principio solicitar el divorcio, pero luego...

SABAS Eso sería demasiado. No pido tantas gollerías.

CAT. ¿Gollerías, eh?... Y ahora que me acuerdo, tú tienes también un hijo... habrá que resolver respecto á ese muchacho. Es preciso que no cuente con nosotros. Yo me lavo las manos para el porvenir.

FERN. (Por el foro.) ¿Dan ustedes su permiso?

CAT. Aquí está precisamente. Sí, sí, pase usted.

SABAS (Aparte á Catalina.) Pero Catalina, que no es este... que este es... que este joven... que te equivocas.

CAT. (Aparte á Sabas.) Basta. Angelita me dijo que era éste. No se me despinta.

SABAS (Aparte.) ¡Más pasó Jesucristo! (Tomando pastillas.) Levantaremos las fuerzas, por lo que pueda ocurrir.

CAT. (A Sabas.) Ni una palabra. Voy á hablarle yo.

SABAS (Resignado.) Como quieras.

CAT. (A Fernando.) Joven.

FERN. Señora...

CAT. Le ruego que me preste toda su atención.

FERN. Con muchísimo gusto.

CAT. Si la Naturaleza no me ha concedido la alegría de ser madre, el instinto de la maternidad existe, sin embargo, en estado latente dentro de mi pecho.

FERN. (Asombrado. Aparte.) ¿Qué dice esta señora?

SABAS (Aparte.) ¡Se sabe de memoria la carta! Y le sirve lo mismo para los varones que para las hembras.

CAT. No le quiero hablar de la falta á la cual debe usted su existencia. Usted no tiene la culpa de semejante falta. El culpable, el único y verdadero culpable, es su señor padre.

FERN. (Aparte.) Caramba, también esta conoce á mi padre...

CAT. Pero yo que no tengo nada que reprocharme, ¿debo soportar las consecuencias? Vamos, sea usted franco.

FERN. A mí me parece que no. (Aparte.) ¿Y qué me importará?...

CAT. El apellido inmaculado de Ortiz, debe quedar á salvo en este asunto.

FERN. ¿Ortiz?... ¿Es usted quizás la señora de Ortiz?

CAT. La misma.

FERN. Hombre, ¡gracias á Dios!... tenía curiosidad... ¿Y este caballero?

CAT. Mi esposo, aunque me esté mal el decirlo.

SABAS (Aparte.) Y á mí serlo.

FERN. (Saludando.) ¿Usted es Ortiz? Por muchos años.

CAT. (Aparte.) Pretende disimular. Es delicado. (Alto.) Dicho esto, apreciable joven, sepa usted que ni ahora ni en el porvenir, podrá contar con nosotros para nada absolutamente, ¿comprende?

FERN. Sí, sí, que no puedo contar con ustedes... (Aparte.) Ahí me las den todas.

CAT. Absolutamente para nada. Adiós.

FERN. Adiós, señora. (Sin moverse.)

CAT. Puede usted retirarse.

FERN. Pero si es que...

ESCENA V

DICHOS, RAFAEL, por segunda derecha con un sobre y un tintero

RAFAEL Aquí tiene usted. (Viendo á Fernando. Aparte.) Atiza... mi hijo.

CAT. Gracias. (Se sienta ante el velador y escribe rápidamente el sobre, cerrando la carta. Rafael permanece á su lado mientras hablan aparte Sabas y Fernando.)

FERN. (Llevando aparte á Sabas.) Dispense usted... ¿la señora? (Tocándose la sien con un dedo.)

SABAS Sí, sí. Rematada. ¿Lo ha comprendido usted?

FERN. A las primeras palabras que pronunció. ¿Y hace mucho tiempo que está así?

SABAS Desde que nos casamos. Un enfriamiento, ¿sabe usted?

FERN. ¡Qué desgracia tan horrible!

SABAS Sobre todo para mí.

FERN. Vaya, pues que se alivie.

SABAS Muchas gracias. (Se saludan con una reverencia.)

CAT. (Levantándose.) Vamos al correo.

SABAS Donde quieras. (Aparte á Rafael.) Oye, quedemos en algo definitivo. O este hombre es hijo mío, ó es hijo tuyo, pero de los dos no puede ser.

CAT. Anda. Adiós, Rafael.

RAFAEL Adiós.

CAT. Caballero... (Saludando á Fernando, que contesta. Aparte.) ¡Pobrecillo! (Vanse Catalina y Sabas por el foro.)

ESCENA VI

RAFAEL y FERNANDO

RAFAEL (Incomodado, á Fernando.) Pero hombre, ¿tiene usted la frescura de presentarse aquí después de lo ocurrido ayer tarde?

FERN. Si usted mismo me ha llamado.

RAFAEL ¿Que yo le he llamado?

FERN. Desde ese balcón.

RAFAEL (Amenazándole con los puños cerrados, imitando los movimientos que hizo en el balcón.) ¿A esto lo llama usted *llamar?* Entonces para usted, *amenazar* será esto. (Hace ademán de llamarle cariñosamente con la mano.) Mal anda usted de señas. No sirve usted para sordo-mudo.

FERN. Bien. ¿No me ha llamado usted? Pues yo he venido, señor don Rafael Mosquera, antes Campomanes.

RAFAEL ¿Cómo? ¿Sabe usted?

FERN. Su verdadero nombre. Y ahora comprendo que como padre de Angelita, y guiado por el noble deseo de evitar revelaciones tristes y un escándalo cierto, tratase usted de despistarme y alejarme de aquí, apelando á todo género de subterfugios, de embustes muy disculpables... (Estrechándole la mano.) Gracias, don Rafael, su intención era recta y honrada.

RAFAEL Y el puñetazo que me dió usted también era recto.

FERN. Me duele mucho haber hecho eso. Créame usted, don Rafael, hay puñetazos que duelen después de administrados.

RAFAEL Y en el momento de la administración.

FERN. Queda retirado. Perdóneme usted.

RAFAEL Sí, sí, le perdono. (Aparte.) Menos mal que éste disculpa mis mentiras.

FERN. Comprendo la situación de usted... es terrible.

RAFAEL No lo sabe usted bien.

FERN. Comprendo el efecto que mi presencia en esta casa le habrá producido.

RAFAEL No lo sabe usted bien.

FERN. Sé que debo marcharme.

RAFAEL Eso sí lo sabe usted bien. Cuanto más pronto mejor. Mi honor lo exige. La paz conyugal lo reclama.

FERN. Pero antes quisiera... despedirme...

RAFAEL ¿De quién?

FERN. De... mi madre... no... dispense... de su esposa... y de Angelita...

RAFAEL (Aparte.) No creo que me perjudique... al contrario, ayuda... da verosimilitud... (Alto.) Aguarde usted. (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA VII

FERNANDO. Luego RAFAEL y ÁNGELA

FERN. ¡Qué crueldades encierra el destino! ¿Quién podía sospechar que mi padre, un hombre tan serio, tan respetable, había tenido amores con la señora de Mosquera?...¡y probablemente con la señora de Ortiz! Resulta, pues, que yo soy hijo de la mujer con cuya hija quería casarme, y que la que hasta hoy pasó por madre mía, no era más que madrastra. ¡Ah!... ¡la vida!... ¡la despreciable vida! ¡Nazca usted para esto!

RAFAEL (Por la primera izquierda, llevando de la mano á Angela, que llora.) Aquí tiene usted á su hermana. (A Angela.) Quiere despedirse de ti.

FERN. (Conteniendo un sollozo.) ¡Angela!

ANG. ¡Fernando!

FERN. Abrázame.

ANG. ¡Con toda mi alma! (Se abrazan estrechamente.)

RAFAEL (Alarmado.) Eh... eh... niños.. ¡eso sí que no!

ANG. ¿Por qué no? Una hermana tiene siempre el derecho de abrazar á su hermano.

FERN. Y un hermano á su hermana.

RAFAEL Aprieta.

FERN. Ya lo oyes, Angela, que apretemos.

RAFAEL No, hombre, si es exclamación. ¡Aprieta!

FERN. (Sin dejar de abrazarla.) Es el último... y entre hermanos...

RAFAEL Sí, lo comprendo... pero es que vosotros sois hermanos *subterráneos*. Ea. Basta de sobo.

FERN. ¡Sobo!... No llame usted sobo á la más pura afección, (Se separan.) al más tierno cariño.

RAFAEL Bien, bien, voy á avisar á Rafaela. Cuidadito, ¿eh?... Que no quiero abrazos fraternales. (Vase por primera derecha.)

ANG. Escucha, hermano mío. En todo esto hay una cosa que no puedo comprender. Mi madre me dijo primero que tú eras el hijo del señor Ortiz, pero después, por lo ocurrido se desprende que eres mi hermano, y por lo tanto, hijo de uno de mis padres.

FERN. La explicación es bien sencilla. Tu madre, al verme en esta casa, quiso ocultarte la horrible verdad, apelando para ello á cualquier subterfugio; pero al saber nuestras intenciones no pudo callar por más tiempo y reveló el secreto.

ANG. Sí, eso habrá sido.

FERN. No se puede ya dudar. Tu madre me dijo ayer que conocía á mi padre hacía mucho tiempo... Esto que todos ignorábamos equivale á una confesión. ¿Cómo le conoció? No lo sé. ¿Qué pasó luego?... Tampoco lo sé.

ANG. Es un misterio que nos ocultarán probablemente toda la vida. Yo pensé preguntar á la señora de Ortiz.

FERN. La loca, que también conoce á mi padre.

ANG. Pero no me he atrevido.

FERN. Vale más ignorar. Sólo sabemos una cosa: que somos hermanos.

ANG. Por eso tenemos que querernos fatalmente.

FERN. (Con gravedad.) La voz de la sangre.

ESCENA VIII

DICHOS, RAFAEL y RAFAELA, por primera derecha

RAFAEL Vamos, Rafaelita. Ya no tiene remedio. Serénate. Hoy mismo se van. Nosotros también nos iremos. Lo pasado, pasado. Valor.

RAF. Le tengo. Ya lo ves. No lloro. (A Fernando y Angela.) Hijos míos.

FERN. ¡Ma!... (Rectificando.) Señora.

ANG. ¡Mamá!

RAF. Espero, querido Fernando, que hará usted la debida justicia á mi intención, y me perdonará la desagradable escena de ayer. Yo no podía dejar que se casaran ustedes.

FERN. Efectivamente. Y yo á mi vez espero que usted me perdone el disgusto que por mí ha sufrido. Como usted comprende, yo no podía decir á cada muchacha á quien sacaba á bailar: Dispense usted, señorita, ¿sería usted por casualidad hermana mía?

RAFAEL (Gravemente.) No. Eso no se puede hacer.

RAF. Tened paciencia. Estos son los dramas de la vida. Pero no amilanarse. Después que cae la lluvia, vuelve á lucir el sol.

RAFAEL Es ordinariamente lo que suele ocurrir, si no está nublado.

RAF. Quizá vengan días mejores. Quizá andando el tiempo la alegría renacerá para todos nosotros. Mientras tanto, Fernando, prométame usted no guardar rencor contra aquellos que le dieron el ser.

FERN. (Aparte.) ¡Pobre madre!... (Alto.) Sí, lo prometo, señora, cuente usted con mi respetuoso y sincero cariño. (Se dan la mano.)

RAF. Gracias.

RAFAEL Estas entrevistas no se deben prolongar. Estrujan el corazón y le convierten en una alcachofa. Los malos tragos hay que pasarlos pronto. Váyase, Fernando, váyase. Iré á despedirle á la estación. (Aparte.) Para cerciorarme de que se marcha efectivamente.

FERN. (A Angela.) Adiós. (Se abrazan.)

RAFAEL (Separándolos.) ¡Dale!... si es peor abrazarse...

se sufre más... y despidiéndose á cierta distancia... se sufre menos.

FERN. (A Angela.) ¿Te acordarás de mí?

ANG. Eternamente. (Fernando quiere abrazar de nuevo á Angela.)

RAFAEL (Separándolos.) Bueno... á mí, á mí. (Le detiene los brazos.)

FERN. Sí. (Le abraza sollozando; en seguida abraza á Rafaela que también solloza.)

RAFAEL (Separandolos.) ¡Vamos!... (¡Y que yo tenga que consentir esto!...) (Empuja á Fernando hacía el foro, y le echa, no sin que antes Fernando al cruzarse con Angela la abrace de nuevo, separándolos Rafael. Vase Fernando.)

ESCENA IX

DICHOS menos FERNANDO. Después VALENTINA por el foro con una tarjeta en la mano

RAFAEL ¡Se acabó!... Ahora sí que se acabó. No pensemos más en él. Se le seguirá pasando su asignacioncita mensual si te parece... y *laus Deo*. Además, mañana mismo, saldremos para Italia ó Francia ó Valladolid.. en fin, para cualquier sitio donde no nos conozcan, donde no se murmure... dentro de un par de meses volveremos y aquí no ha pasado nada. (A Angela.) Tú buscas otro novio, procurando que no resulte pariente tuyo, y te casas cuando quieras... á no ser que por fin, te decidas por Melecio.

ANG. ¿Por Melecio? Antes el claustro. ¿Por qué no habrá sido Melecio hermano mío en lugar de Fernando?

RAF. Niña. Los hermanos no se escogen. Hay que tomar lo que viene, y no se admiten cambios ni devoluciones una vez fuera del establecimiento.

VAL. (Entrando.) Este caballero (Entregando á Rafael la tarjeta.) desea hablar urgentemente con los señores. Dice que viene de Madrid, sólo para ver á ustedes. Espera en el saloncito.

RAFAEL (Leyendo la tarjeta.) «Isidoro Calleja. Comisionista en vinos generosos.» ¿Calleja? (Haciendo

memoria.) ¿Quién es Calleja? ¿quién es Calleja? (A Rafaela.) ¿Tú sabes quién es Calleja?

RAF. Debe ser un señor que vende vinos.

RAFAEL ¡Toma, eso ya lo sabía yo! Dí (A Valentina.) que no estamos... ó que estamos de luto.

RAF. Pero reflexiona que si viene de Madrid expresamente... acaso se trate de algún amigo... puede que le conozcas y al pronto no recuerdes.

RAFAEL Tienes razón. Pues mira, recíbele tú mientras yo me adecento un poco, porque así... (Indicando su ropa. Le da á Rafaela la tarjeta.)

RAF. Bien. (A Valentina.) Que pase ese caballero.

ANG. ¿Quieres algo, mamá?

RAF. Nada, hija mía. Que tengas resignación. (Vase Angela por la primera izquierda.)

RAFAEL (Que iba á salir por la segunda derecha, volviendo de repente junto á Raiaela y tomándola una mano.) ¿Me perdonas?

RAF. (Después de vacilar.) Sí.

RAFAEL (Besándola la mano.) Eres un ángel. En pago á tanta generosidad, le encargaré para ti á Calleja seis cajas de vino generoso. (Vase por segunda derecha.)

ESCENA X

RAFAELA, BALTASAR por el foro seguido de Valentina que vuelve á marcharse

VAL. Pase usted.

BAL. (Saludando.) Señora...

RAF. Caballero...

BAL. Usted perdonará la libertad... la molestia...

RAF. Es usted muy dueño. Hágame usted el favor de sentarse. Mi esposo saldrá en seguida.

BAL. Gracias. (Se sientan.) El objeto que aquí me trae...

RAF. No me parece difícil de adivinar. Realmente en casa bebemos muy poco, y únicamente en ciertos y determinados días... la celebración de algún santo... algún convite íntimo... sin embargo le anticiparé que mi esposo piensa tomarle seis cajas.

BAL. ¿Seis cajas de qué?

RAF. De vinos generosos... Jerez .. Málaga...

BAL. Me parece difícil, porque yo no vendo vinos.

RAF. Entonces... no comprendo... esta tarjeta... (Enseñándosela.)

BAL. Es de un amigo cualquiera. La primera que encontré en mi tarjetero.

RAF. (Levantándose.) ¿Y puedo saber con qué intención?...

BAL. Calma, señora. Se trata de un ardid. Necesitaba hablar con ustedes sin descubrir mi verdadero nombre. Ni mi mujer ni mi hijo deben saber aún que he llegado á esta población, siguiendoles la pista, y por si acaso se hallaban en esta casa.

RAF. ¡Ah! ¿Usted viene siguiendo la pista á su mujer y á su hijo? (Se sientan de nuevo.)

BAL. Que aprovechando una corta ausencia mía, desaparecieron del domicilio conyugal sin decir *oste* ni *moste*, y lo que es peor sin advertirme á dónde se dirigían. Yo no no soy un hombre desconfiado ni celoso, no señora, soy un niño, ¿sabe usted? un niño grande... un pedazo de pan... grande... pero francamente me ha parecido muy extraño este viaje de mi mujer... sin decir *oste* ni *moste* como indiqué anteriormente. Por las criadas supe que había venido á Astorga. Mi extrañeza no pudo por menos de aumentar. Ellos no conocen á nadie en Astorga, yo no conozco á nadie en Astorga ¿Pues á qué vienen á Astorga? ¿Qué se les ha perdido en Astorga?

RAF. (Impaciente.) Usted sabrá.

BAL. Si Astorga fuera un sitio de recreo digno de visitarse... si tuviera monumentos que admirar... ó aguas minerales... en fin algo... pero si á mí hasta me parece mentira que haya personas tan simples que vivan en Astorga.

RAF. (Aparte.) ¡Qué grosería! (Alto y levantándose.) Caballero, nosotros no tenemos nada que ver en asuntos de familia, y le suplico...

BAL. ¿Cómo que no tienen ustedes que ver? Ya lo creo. Acabo de enterarme de que mi mu-

jer y mi hijo estuvieron ayer en esta casa largo rato. A eso de las cinco. Luego ustedes se conocen y algo deben de saber.

RAF. ¿Cómo?... ¿que ayer?... ¿dice usted que ayer?... Sí, efectivamente... pero entonces, usted debe saber...

BAL. Baltasar Palmerín, Agente de negocios para servir á usted.

RAF. (Asombrada.) ¡Palmerín!... ¿usted es el pobre Palmerín?... ¿El desgraciado Palmerín?

BAL. ¿El desgraciado? Así, así. Tengo una suerte regular. No soy una Mascota, pero tampoco me quejo.

RAF. (Aparte.) Menos mal. (Alto.) Dispense usted que al pronto... la emoción... no podía figurarme que usted se presentara en esta casa... Yo no sabía que su mujer de usted tuviese un marido. La creía soltera.

BAL. Vamos, sí, nos creía usted *lío*. ¡Caracoles! Eso sí que no. Estamos casados á *macha martillo*. A piedra y lodo.

RAF. Entonces usted... se habrá casado con ella después.

BAL. ¿Después de qué?

RAF. Después de *eso*... de *aquello*... caramba, no sé cómo llamarlo para no ofenderle.

BAL. (Alarmado.) *¿Eso?... ¿aquello?...* ¿quiere usted explicarse?

RAF. ¿Le parece á usted bien que lo califiquemos de *contratiempo* ó de *extravío*, ó encuentra más decoroso *resbalón*?

BAL. No entiendo una palabra. Hable usted claro. (Excitado.) Exijo que hable usted con claridad.

RAF. Pues con claridad. Digo que usted se habrá casado con ella después de haber quedado rotas las relaciones que tuvo... con mi marido...

BAL. (Levantándose furioso.) ¡Demonio!... ¿Mi mujer y su marido?... ¿Relaciones?... ¡Ay qué sospecha!... ¡Ay qué sospecha!...

RAF. ¿Pero usted no lo sabía?

BAL. ¿Yo qué había de saber? Si ya se lo dije á usted. Si soy un niño grande. Un pedazo de pan.

RAF. (Aparte.) ¡Pues la he hecho buena!

BAL. (Paseándose agitado por la escena.) ¡Claro! ¡Naturalmente! No me diga usted más. Ya me explico este viaje misterioso. Ya sé lo que se le ha perdido en Astorga. ¿Y usted que no lo ignoraba, consiente así, con esa frescura, que celebren entrevistas como la que ayer celebrarían indudablemente... á eso de las cinco?

RAF. No se excite usted, señor Palmerín. Yo no soy culpable de complicidad He sufrido mucho... Un error funesto trajo aquí á esas personas. ¿Pero qué vamos á hacer? Lo mismo á usted que á mí nos toca resignarnos. Tenga usted presente que eran muy jóvenes... No reflexionaban... Lo que pueda repararse, se reparará. Si usted quiere, mi esposo reconocerá á Fernando.

BAL. ¡Cuerno! ¿Qué está usted diciendo? ¿Reconocer á Fernando?

RAF. Sin duda. Su hijo no debe pagar las culpas de los padres.

BAL. (Con voz ahogada.) ¡Mi hijo! ¿Pero es que?...

RAF. Sí. Es decir, su hijo en realidad no; el hijo de mi marido.

BAL. ¡Ah! ¿También eso? Y yo sin saber...

RAF. Pero, hombre, usted no sabe nada. Está usted en el Limbo.

BAL. ¡Y dentro de poco estaremos todos en el infierno! ¡Monstruosa infamia! ¡Horrenda iniquidad! Señora, tráigame usted á su marido pronto. Quiero pulverizarle, triturarle, hacerle compota, mermelada, convertirle en tortilla. Vamos, ¿dónde está ese bandolero?

RAF. (Suplicante.) ¡Por Dios, caballero! ¡No lo tome usted así!

BAL. ¿Quiere usted que lo tome á risa? Necesito sangre. Necesito venganza. ¡Su marido! Venga ese marido ó no respondo de mí. Considérese usted viuda.

RAF. (Aparte.) ¿Qué he hecho, Dios mío? El choque va á ser terrible. Avisaré á Fernando y á su madre. (Vase corriendo hacia el foro.)

BAL. (Queriendo detenerla.) ¡Alto, señora!

RAF. (Desasiéndose.) Déjeme usted. (Vase corriendo por el foro.)

ESCENA XI

BALTASAR y RAFAEL, por segunda derecha vestido de levita

RAFAEL (Saliendo.) Servidor de usted.

BAL. (Aparte.) ¿Será éste?

RAFAEL (Muy amable.) Hágame usted el obsequio de tomar asiento y dispensarme si le hice esperar. Estaba de trapillo...

BAL. (Aparte.) Calma. (Se sientan.) Para matarle, siempre hay tiempo.

RAFAEL Conque de Madrid, ¿eh?

BAL. (Secamente.) De Madrid.

RAFAEL Yo al pronto, no recordaba de usted, después, la verdad, tampoco caigo. (Haciendo memoria.) Calleja, Calleja... Ya le habrá dicho mi señora...

BAL. ¡Ah! ¿Su señora? (Aparte.) El es. (Se levanta involuntariamente, dirigiéndose á Rafael en actiud agresiva, pero se contiene y vuelve á sentarse. Aparte.) Parece imposible... un hombre tan feo...

RAFAEL (Aparte.) ¡Diantre!... ¿Qué hace? (Retira un poco la silla.)

BAL. Sí. Ya me ha dicho su señora... bastante me ha dicho, mucho más de lo que yo esperaba.

RAFAEL No esperaba que fueran seis cajas, ¿eh? Bueno, usted me dirá los precios y las clases que vende. ¿Pajarete? ¿Pedro Jiménez? ¿Cuál es su especialidad?

BAL. (Iracundo.) Mi especialidad son los asesinatos y las extrangulaciones. Mi bebida favorita, la sangre humana.

RAFAEL ¡Carambola! (Aparte.) Este comisionista es originalísimo y peligroso.

BAL. Ansiaba el momento de encontrarme con usted, señor Tenorio.

RAFAEL No, si no me llamo Tenorio, amigo mío. Me llamo Rafael Mosquera.

BAL. Y yo me llamo Baltasar Palmerín.

RAFAEL (Aterrado.) ¿Pal?... ¿Pal?... (Aparte.) ¡Santo Dios!

BAL. El esposo de la mujer á quien usted engañó villanamente.

RAFAEL Caballero... usted se equivoca.

BAL. Me lo acaba de confesar su esposa de usted.

RAFAEL (Aparte.) ¡Madre mía! ¿Por qué me has echado al mundo? ¡Si yo no hacía ninguna falta.

BAL. ¿Usted sabe con qué se lavan estas manchas en el honor?

RAFAEL No señor... no he lavado ninguna... y no estoy práctico..

BAL. Con dos pistolas. Cuerpo á cuerpo. Una cargada y otra descargada.

RAFAEL Bueno. Eso me parece bien. Yo tomaré la cargada, con permiso de usted.

BAL. No. La suerte decidirá.

RAFAEL ¡Quiá!... entonces renuncio.

BAL. ¿Se niega usted á batirse? ¡Cobarde! ¡Seductor!

RAFAEL (Aparte.) Aquí del carácter. (Alto.) Me niego, sí señor... y ojito con chillarme.

BAL. ¡Villano! ¡Mamarracho!

RAFAEL ¡Me insulta usted en mi propia casa!

BAL. (Sacando un revólver.) ¡¡Y le mataré á usted como á un perro!!

RAFAEL (Huyendo y escondiéndose tras los muebles.) Cuidado, no ande usted con esas cosas... á ver si se dispara y tenemos una tontería.

BAL. Prepárese usted á morir. Le permito rezar un Credo.

RAFAEL (Aparte.) ¡Es un energúmeno! (Alto.) Yo le diré... Yo le confesaré...

BAL. (Exaltado.) No quiero oir nada.

RAFAEL (Aparte.) Aquí de la velocidad. (Corriendo hacia el foro.) ¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA XII

DICHOS, RAFAELA, MERCEDES y FERNANDO por el foro

MERC. (Abalanzándose á Baltasar.) ¿Qué vas á hacer, Baltasar?

RAFAEL ¡Una barbaridad!... Fusilarme.

RAF. (A Rafael.) ¡Calma, por Dios, calma! No te pierdas, Rafael.

RAFAEL (Aparte á Rafaela.) Si no llegas tan á tiempo, me pierdo... ¡Vaya si me pierdo!... de vista.

BAL. (A Mercedes.) ¡Aparta, infame!...

MERC. (Asombrada.) ¿Infame?...

FERN. ¡Papá!...

BAL. No me llames papá. Eso á aquel. (Por Rafael.)

MERC. ¿Pero qué estás diciendo?... ¿Me insultas, cuando yo soy quien debía... mejor dicho, quien debe recriminarte?

BAL. ¿Tú?

MERC. Yo. Conozco tu falta. Sé que antes de casarte conmigo tuviste relaciones equívocas con esta señora. (Por Rafaela.)

RAFAEL (Aparte.) ¡Se va arreglando! ¡Se va arreglando!

RAF. (Asombrada.) ¿Conmigo?... ¡Qué insensatez!

BAL. No te burles. He averiguado que antes de ser mi esposa, tuviste relaciones... desiguales con ese individuo.

MERC. ¿Estás loco?

RAFAEL (Aparte.) ¡Me río yo del nudo gordiano!

BAL. Y que Fernando es hijo tuyo, pero no mío.

MERC. Al contrario. Me consta que Angelita no es hija de este señor, (Por Rafael.) pero sí tuya.

FERN. ¿Quieren ustedes explicarse y ponerse de acuerdo á ver si encuentro quien quiera ser mi papá definitivamente?

MERC. Aquí debe haber un error.

RAFAEL (Aparte.) (¡Un horror!)

RAF. Es indudable.

FERN. Veamos.. (A Baltasar.) ¿Tú conocías á esa señora? (Por Rafaela.)

BAL. La he visto hoy por primera vez en mi vida.

RAF. Así es.

FERN. (A Mercedes.) ¿Tú conocías á este caballero? (Por Rafael.)

MERC. Nunca le había visto hasta hoy. Que lo diga él mismo. ¿Es verdad ó es mentira? Vamos, hable usted..

RAFAEL (Aparte.) No puedo más. (Gritando mucho.) ¡Es verdad!

RAF. ¿Cómo? ¿Pues entonces Fernando no es hijo tuyo?

RAFAEL (Gritando.) ¡No!... Yo no tengo hijos varones. Yo no tengo más hija que Angela. Yo no tengo faltas de qué arrepentirme, yo no tengo... vergüenza.

RAF. ¿Me has engañado?

RAFAEL. De una manera indigna.

RAF. Durante diez y siete años.

RAFAEL Y cinco meses.

RAF. Ese hijo ausente y abandonado...

RAFAEL Era una invención, una superchería para obtener dinero y hacer frecuentemente viajes á Madrid. Allí conocí á Fernando, resolví utilizarle...

RAF. ¿Y el retrato, y los documentos que me enseñabas?

FERN. Todos míos. Siempre me estaba pidiendo mis papeles, que yo le dejaba con algún recelo, pero sin sospechar... ¡ah, trapisondista! ¿Con que era para eso? (Le da un puñetazo.) ¿Para eso?

RAFAEL Para eso... no hace falta pegar. Usted pega en seguida. Parece usté un bote de sindetikon.

RAF. Rafael. La confianza inquebrantable que había depositado en ti, acaba de desaparecer para siempre. En lo sucesivo, te acompañaré á todas partes, y no tendrás más dinero que el necesario para fumar.

RAFAEL (Aparte.) (Ya hay dos Sabas en Astorga. A tres reales por cabeza.)

ESCENA XIII

DICHOS, CATALINA y SABAS por el foro. Catalina trae á Sabas cogido de una oreja

SABAS ¡Ay... ay!... No tires, mujer, que me arrancas el lóbulo.

CAT. Buenos días.

SABAS Rafael, no sirvo para estos líos. Lo he confesado todo.

RAFAEL Me alegro. Y yo también.

CAT. (Enseñando el retrato.) ¿De modo que esta joven?... ¿Quién es esta joven?... La verdad...

RAFAEL No es hija de éste. (Por Sabas.) Palabra de honor. Yo mismo le dí el retrato á Sabas delante de Rafaela para que no sospechara que yo... corramos un velo. Ya le explicaré á usted...

CAT. (Por Fernando.) ¿Y este joven?

RAFAEL Todavía no tiene padres fijos, pero deben ser estos señores, salvo mejor opinión.

CAT. ¿Pues sabe usted lo que le digo? Que son ustedes un par de sinvergüenzas.

RAFAEL (A Sabas.) ¿Lo ves? Ya se lo decía yo á éste.

SABAS Y me convenció. (Suspirando) ¡Ah!... La culpa es de la primavera. Cuando el pájaro canta en la enramada, cuando el verde...

CAT. Cuando volvamos á casa te voy á poner verde.

MERC. (A Baltasar, con quien ha estado hablando en voz baja.) Reconozco que hicimos mal en no advertírtelo, pero los negocios te absorben de tal manera, estás tan preocupado, que habíamos resuelto no decirte nada hasta saber si los señores de Mosquera daban su aprobación á nuestras pretensiones.

RAFAEL (Arrodillándose ante Rafaela.) Por última vez, ¿me perdonas, gacela mía?

RAF. Muy hermoso es perdonar, pero, ¿quién me prueba que todo lo que afirmas no es una nueva invención, otro ardid para salir del paso?

RAFAEL ¿Una prueba? ¿Quieres una prueba? Hay una que te convencerá, porque es irrebatible, irrefutable, irresistible. (Yendo á la segunda izquierda.) Angela... hija mía, ven.

ESCENA XIV

DICHOS: ÁNGELA por la segunda izquierda

ANG. ¿Qué quieres, papá?

RAFAEL (Llevándola de la mano hacia Fernando.) Te autorizo para aque abraces moderadamente á tu futuro esposo (antes hermano), Fernando Palmerín.

ANG. Dios mío... papá... mamá... ¿Es cierto? ¿no éramos hermanos?

RAFAEL Ni pizca. Por mi parte, podéis casaros cuando queráis, digo... si... ustedes... (A Mercedes y Baltasar.)

MERC. Nada tenemos que oponer.

ANG. ¡Qué felicidad! (Se cogen las manos.)

RAFAEL (A Rafaela.) ¿Te convences ahora?

RAF. Completamente.

RAFAEL ¿Olvidas lo pasado?

RAF. Olvidado está. (Se estrechan las manos.)

RAFAEL (A Sabas.) ¿Ves, amigo Sabas? No hay nada mejor que la verdad. La verdad honrada, sincera, completa y varonil. No mientas nunca, que es vicio muy feo.

SABAS (Aparte.) (Tiene razón. ¡Qué bien le ha salido!)

RAFAEL El verdadero arrepentimiento siempre alcanza perdón.

SABAS Sí, sí. (Aparte.) (Voy á ver si yo también consigo...) (Arrodillándose ante Catalina.) Gacela mía.

CAT. (Volviéndole la espalda.) ¡Vete al cuerno!

SABAS (Aparte á Rafael.) Esta gacela no es como la tuya. Está cerril.

RAFAEL (Aparte á Sabas.) Hay que reconquistar los pantalones.

ESCENA XV

DICHOS, MELECIO por el foro, con un cucurucho lleno de almendras en la mano

MEL. ¿Se puede?

RAFAEL Adelante.

MEL. Buenos días. Venía á traer á ustedes este humilde kilogramo de almendras y de paso á saber la contestación que me ofrecieron darme ayer .. acerca... acerca...

RAFAEL Acércate, pobre Melecio. (Indicando á Fernando y Ángela, que hablan muy entusiasmados, siempre con las manos cogidas.) Allí tienes la contestación. Te convidaremos á la boda.

MEL. ¿Qué boda?

RAFAEL La de tu prima Angela con su novio Fernando Palmerín. (Melecio deja caer los brazos con desaliento, volviendo el cucurucho boca abajo y derramando en el suelo el contenido. Después se lleva las manos á la cabeza y vase corriendo por el foro.)

RAF. ¡Pobre chico! ¡Qué golpe para él!

RAFAEL La felicidad de unos, se amasa con las lágrimas de otros.

SABAS Bonita frase. Me la apuntarás en un papel para decirla en el Círculo.

RAFAEL Te la regalo.

(Al público.)

Si mis apuros mortales
te han puesto de buen humor,
aplaude, dueño y señor,
LOS HIJOS ARTIFICIALES.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE JOAQUIN ABATI

Entre Doctores.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Azucena.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original

Ciertos son los toros.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Condenado en costas.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El otro Mundo.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original. (1)

Doña Juanita.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

Los niños.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

La conquista de Méjico.—Comedia en un acto y en prosa, original.

Los litigantes.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Causa criminal.—Monólogo en prosa, original.

La enredadera.—Juguete cómico en un acto y dos cuadros, en prosa, original.

De la China.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original. (3)

Los besugos.—Sainete lírico en un acto y seis cuadros, en prosa y verso, original. (3)

Los amarillos.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa. (2)

El tesoro del estómago.—Caricatura en un acto y tres cuadros. (3)

Lucha de clases.—Zarzuela en un acto y tres cuadros. (4)

Las Venecianas.—Ensayo cómico-lírico en un acto y tres cuadros (la música). (5)

La buena crianza ó tratado de urbanidad.—Monólogo cómico, original, en prosa.

Tierra por medio.—Zarzuela en un acto. (4)
El Código penal.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa. (6)
Tortosa y Soler.—Comedia en tres actos y en prosa. (7)
Aquilino Primero.—Juguete en un acto. (8)
El Himeneo.—Monólogo en prosa.
Un hospital.—Monólogo en prosa. (3)
Los hijos artificiales.—Juguete cómico en tres actos y en prosa. (7)
El intérprete.—Juguete cómico en un acto y en prosa. (3)
El trébol.—Zarzuela cómico-lírica en un acto y tres cuadros, en prosa. (9)
El aire.—Juguete cómico en un acto y en prosa. (9)
Tortosa y Soler.—Refundida en dos actos. (7)
La Mulata.—Zarzuela cómica en tres actos y en prosa. (3) y (9)
Alsina y Ripoll.—Comedia en cinco actos y en prosa. (6)
La Marcha Real.—Zarzuela cómica en tres actos y en prosa. (9)
La taza de the.—Zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros. (9) y (11)
El 30 de Infantería.—Juguete cómico en tres actos y en prosa. (10)
El aire.—Juguete cómico-lírico en un acto, en prosa. (9)
Las cien doncellas.—Monólogo cómico en prosa.
El 30 de Infantería.—Juguete cómico en dos actos, en prosa. (Refundición). (10)
La hostería del laurel.—Zarzuela en un acto, dividido en en tres cuadros, original y en prosa. (9)
Mayo florido.—Sainete lírico en un acto. (9)
El gran tacaño.—Comedia en tres actos y en prosa. (9)
Los hombres alegres.—Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa. (9)
Los perros de presa.—Viaje en cuatro actos, divididos en diez cuadros. (9)
El Paraíso.—Juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (9)
¡Mea culpa!, disgusto lírico, original y en prosa. (9)

Genio y figura.—Comedia en tres actos y en prosa, original. (1), (5) y (9)

La partida de la porra.—Sainete lírico en un acto, original y en prosa. (9)

La mar salada.—Comedia en dos actos y en prosa, original. (9)

La alegría de vivir.—Comedia en cuatro actos y en prosa. (9)

Los viajes de Gulliver.—Zarzuela cómica en tres actos. (9

---

(1) En colaboración con Don Carlos Arniches.
(2) Idem con Don Francisco Flores García
(3) Idem con Don Emilio Mario (hijo.)
(4) Idem con Don Sinesio Delgado.
(5) Idem con Don Enrique García Alvarez.
(6) Idem con Don Eusebio Sierra.
(7) Idem con Don Federico Reparaz.
(8) Idem con Don Emilio F. Vaamonde.
(9) Idem con Don Antonio Paso.
(10) Idem con Don Luis de Olive.
(11) Idem con Don Maximiliano Thous.

Precio: DOS pesetas